

San José, Costa Rica 1927 Sábado 25 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: Tres artículos de N. Viera Altamirano.—*Un Decreto memorable.*—*El aviador Lindbergh*, por Rómulo Tovar.—Un poeta nuevo de América: *Carlos Pellicer Camara*, por Gabriela Mistral.—*Página lírica* de Carlos Pellicer.—*Apreciaciones.*—*Homenaje a García Sanchiz*, por Ml. Díaz Rodríguez.—*Dos artículos* de C. Wyld Ospina.—*La uniformidad de propósitos*, por Rafael Cardona.—**INDICE** del Tomo XIV.

Tres artículos doctrinarios de Viera Altamirano encaminados a ganar la opinión pública salvadoreña (y costarricense, añadimos al reproducirlos) para la nacionalización de la energía hidroeléctrica del país

Queremos continuar en el *Diario del Salvador* nuestra labor doctrinaria encaminada a ganar la opinión pública para la nacionalización de la energía hidroeléctrica del país. Consideramos este asunto como de vital interés patrio y de cercana importancia para todos aquellos que tienen intereses comerciales entre nosotros, de todos aquellos que proyectan vivir y trabajar en un país sin opresión económica.

Tenemos que dar por sabido y comprendido en todo su alcance que la energía eléctrica barata es un factor inmenso en el desenvolvimiento del comercio y de la industria y que, hasta la fecha, la obra realizada por corporaciones privadas ha sido aquí y en todas partes deficiente y apenas de beneficio inmediato de unos pocos accionistas.

Las Compañías eléctricas particulares han trabajado entre nosotros para su propio beneficio, gozando de todos los privilegios y con apenas el fantástico freno de las tarifas máximas señaladas por la ley y que, por lo insuficientes que resultaron, nos apresuramos a clasificar entre las últimas supersticiones económicas que quedan en los países cultos. Si para evitar los desvíos de corporaciones cuyas concesiones iniciales envuelven elementos de efectivo monopolio y privilegio, se cometió el error apuntado, fue porque aún prevalecía, sin duda alguna, el concepto estático de la economía colectiva.

La visible expresión de vida de los países hispanoamericanos es el constante y rápido crecimiento. Estos pueblos, por hoy, casi se ven crecer. Y por ese constante crecimiento de cultura, población, recursos comerciales e impulsos creadores, las ciencias sociales entre nosotros son una permanente rectificación, pudiendo pronosticar que los ulteriores postulados de estas ciencias

serán hispanoamericanos, genuinamente.

Al Norte tenemos el coloso que creció en una hora. Al Sur hay otro pueblo blanco que se apresura a hacer sentir su personería en los debates de la historia futura. Y en esos dos pueblos podemos encontrar la clave para que nosotros, los que vamos enseguida, nos encaminemos con mayor acierto.

Cuando en Norte América se trataba de conceder sus derechos a las compañías constructoras de ferrocarriles, de plantas de luz eléctrica y Agencias de servicio marítimo, hará unos ochenta años, los Estados se vieron en el apuro de señalar moderadas tarifas máximas. Las innovaciones de los servicios públicos eran sorprendentes y no había medio de poder saber a punto fijo lo que debía concedérseles para premiar los beneficios que eran de esperarse.

A los ferrocarriles se les dió inmensos lotes de tierras nacionales, se les eximió de pago de diferentes impuestos dejándoles al mismo tiempo en perfecto monopolio del transporte en determinadas zonas. Algo igual pasaba con las compañías de fuerza eléctrica. Y para señalar las tarifas máximas se tomó como punto de partida, infantilmente, el costo de los servicios similares existentes con medios de producción y transporte que ponían un castigo sensible en el costo. Si el costo de transporte de cien libras, la milla digamos, era de veinte o treinta centavos oro, usando los antiguos vagones, una tarifa de ferrocarril de diez y seis centavos oro por cien libras la milla parecía razonable,

El rendimiento de un anticuado buque de vapor o de vela daba la clave para saber el costo del transporte marítimo. Una cualquiera primitiva máquina de generar fuerza motriz servía para indicar el precio justo del alumbrado o de la calefacción.

Las sociedades estaban en la infancia y no se sabía cómo proceder. De ahí que las corporaciones privadas se hicieron dueñas de numerosos privilegios.

Pero la vida patriarcal de nuestros abuelos tenía que pasar, cabalmente, por la máquina de vapor que transportaba sobre los continentes o sobre los mares, o por las otras que generaban electricidad. El costo de la vida subía y las industrias se complicaban. Transporte barato y fuerza barata para las fábricas y los talleres se hizo un problema, naturalmente. **Las tarifas máximas** que constituían la única protección contra las corporaciones privadas, resultaron inútiles, inservibles, puesto que aún entre sus límites se podía oprimir a la industria.

Consideremos el caso en nuestra República. Las tarifas existentes en nuestros ferrocarriles son módicas por ahora. Cuando San Salvador haya doblado su población y la mayoría de nuestras tierras estén intensamente cultivadas y nuestros centros de población industrializados, las materias primas para nuestras fábricas y talleres y los artículos alimenticios tendrán que ser traídos de mil y dos mil millas de distancia, entonces estas tarifas de hoy resultarán onerosas, imposibles. Pagar ahora, digamos, quince centavos por kilovatio-hora a las Compañías Eléctricas casi se soporta. Pero cuando no haya una raja de leña a cincuenta millas alrededor de San Salvador; cuando el trabajador manual, por una mayor demanda

de sus servicios, no sea como por desgracia nuestra es, más barato que la mula; cuando una mayor cultura y mejor apreciar del tiempo haga imprescindible en nuestros hogares la barredora eléctrica, la abundante iluminación de las habitaciones, las máquinas de lavar, de picar y de coser; cuando en nuestras plantaciones de café, azúcar y henequén haya desaparecido la ganancia liberal y sea necesario establecer beneficios de estricta economía; cuando los comerciantes de la capital y de las cabeceras departamentales tengan que usar mucha luz en sus almaneces, para eficiente publicidad nocturna, y cuando todas nuestras pequeñas industrias hayan salido de la rutina de hoy, entonces, esas tarifas máximas de ahora serán la medida de la más aniquilante explotación. Si esas Compañías, por un rasgo de misericordia, no nos cargan las tarifas máximas, se conformarán al menos con extraer lo que el consumo puede soportar. Eso se hizo en Norte América hasta que se creó el I. C. C. Y de hacerlo, nuestras Compañías absorberían todo el resultado benéfico de nuestro desarrollo, y continuaríamos viviendo tan mezquinos y tan sucios como ahora, mientras los afortunados accionistas, que pueden ser habitantes del otro lado de la Tierra, gozarán de atractivos dividendos. La estupenda medida de previsión actual, **esas tarifas máximas aisladas**, serían cien veces más ridículas.

Entonces, dirá el lector, si necesitamos mucha fuerza eléctrica en la República, ¿por qué no regular las nuevas Compañías que se establezcan para producirla? Contra esa otra superstición, la de creer que Compañías privadas pueden resolver para nuestro beneficio el problema, escribiremos mañana.

Control es nacionalización

Para continuar nuestra exposición de ayer remarquemos nuevamente que la República necesita de fuerza eléctrica barata y en cantidad por lo menos diez veces mayor que el rendimiento actual de todas las plantas eléctricas hoy establecidas en el país. ¿Hay alguien que dude que únicamente el Gobierno, previa la nacionalización, puede llenar esa imperiosa necesidad?

Supongamos por un momento que una poderosa corporación extranjera lo quiere hacer. Para salvaguardar los intereses públicos—que son los de la patria, ¿cómo debemos y podremos regular las actividades de esa inmensa compañía?

Primeramente, para que los señores accionistas no puedan cargar al consumidor un precio exorbitante ni uno que quede fijo eternamente aunque mañana se descubra un modo de quemar el agua del mar y se haga posible la producción de electricidad a un precio infinitesimal, el Gobierno tendrá que asumir el cargo de definir el costo. La definición comercial del costo envuelve la solución de muchos problemas administrativos. El Gobierno,

pues, tendría que tomar a su cargo la completa administración de la empresa.

El costo depende de muchos factores. Los accionistas pueden subirle y bajarle a voluntad, de estar libres. Si ellos encargan la propaganda para la venta de acciones a uno de sus allegados, con la consigna de hacer gastos sin límite, el costo futuro tendría ya un pecado original. Si de ellos no más depende el plan de erección de la planta motriz y la distribución de sus líneas de transmisión, el costo iría en creciente. Este costo, pues, resulta un valor concomitante con multitud de factores y el Gobierno tendría que acompañar a cada paso a los señores directores de la Compañía.

Una vez construida la planta, la tendencia a elevar el costo no sería el único mal posible. La tendencia a bajarle es muchas veces pernicioso. Cuando se baja el costo de producción por medios artificiales inestables, las empresas corren riesgos muy serios. Un modo de bajar el costo es bajando arbitrariamente el salario de su personal y habría entonces urgencia de intervenir para regular las relaciones entre los trabajadores de la Compañía y sus Presidentes. De lo contrario privaría la discordia intestina acerca de salarios y horas de trabajo que puede ocasionar huelgas costosas para el público consumidor.

Hay que ver también que el precio de la electricidad distribuida no se baje a capricho. Muchas veces se hace bajar la ganancia sobre el total de la inversión para hacer pobres dividendos, poner en demérito las acciones y los bonos y hacer llegar, mediante hábiles juegos de bolsa, a unas pocas manos la mayoría de las acciones y los bonos. Habría que vigilar ese punto.

Hay que ver que la poderosa corporación dé servicio imparcial a todos y que los precios de electricidad distribuida, que no pueden ser los mismos en todos los lugares, correspondan a miras de utilidad social, miras que muchas veces no están conformes con las de los favorecidos de las empresas. El Gobierno tendría que controlar la prontitud y el modo con que los empleados de la corporación responden a la demanda del público consumidor.

Como la planta puede fracasar por falta de vitalidad económica en el país o por lo menos fracasar temporalmente con beneficio de unos pocos, el Gobierno tendría que hacer uso de sus elementos estadísticos para prever ese daño y hasta tendría que encargar a su cuerpo consular activas campañas de publicidad en el exterior que son costosas.

El éxito de la Corporación que vendrá a abastecer la República dependerá también de nuestro estado social. Cuanta labor de educación pública, de cordura administrativa y previsión gubernamental logremos, tendrá un benéfico influjo en el valor de las acciones de la compañía. El dinero que se invierte en carreteras y facilidades de transporte marítimo y ferroviario estaría

afectado por el porvenir de la empresa eléctrica.

Y bien, si el Estado va a tomar tantas responsabilidades y a ejercer tan perfecto control y si todo el éxito de la negociación depende en última instancia de todos y cada uno de nosotros los salvadoreños y extranjeros radicados, ¿por qué no hacer esta obra por y para los salvadoreños?

Falta una: una corporación privada que tenga sucursales en cada ciudad y pueblo de la República, con propiedades físicas por doquiera: una corporación que conozca a carta cabal la cantidad de fuerza motriz invertida en las industrias nacionales y los lugares, firmas y fines en que se usa; una corporación así, que puede conectarse con intereses de varias índoles, sería un poder tan grande como ninguno, capaz de controlar, dirigir y hasta corromper nuestra Administración Pública y poner en peligro nuestra autonomía.

Y si por no dejar crecer en nuestro suelo una entidad tan vasta, encargámos la producción y distribución de la energía eléctrica a cien pequeñas corporaciones distintas que pueden mancomunarse secretamente, desde ese instante habremos puesto una contribución indirecta prohibitiva de carácter francamente retardatriz al porvenir económico de la Patria, y quedaríamos, en cuanto al comercio exterior, en posición desventajosa para competir en el mercado mundial.

Saliendo del punto de vista del negocio y considerando intereses de más elevada trascendencia, cabe aquí consignar que esta obra producción industrial no debe tener fines de utilidad material no más. La baratura de la electricidad implica confort y limpieza, luz y holgura en cada modesto hogar trabajador de la República. Significa mejores salarios para los padres de esos niños que hoy van a la escuela sin desayuno. Significa mayor fuerza y mayor conciencia. Como el correo, como el telégrafo, como el agua potable, como la escuela pública, la electricidad barata debe tener por fin directo el beneficio de los más.

Por eso opinamos por la nacionalización de nuestras reservas de energía hidráulica con fines de utilización por medio del Gobierno; y una nacionalización que revista cuanto valor afectado de un carácter de inalienable por acta del soberano Congreso.

Nosotros nos ponemos a favor de este plan y con nosotros, como antes se dijo, cuantos proyecten vivir y trabajar en nuestro territorio. No hay un solo comerciante, fabricante, banquero o trabajador de la República que no tenga intereses en este caso. Disasociando el problema de toda parcialidad política, esta causa es causa de todos. Se puede ser adverso de los partidos, pero no de la Patria.

En seguida diremos quiénes y en qué medida necesitan electricidad barata en el país.

Lo que hará la electricidad a bajo precio

Existe en El Salvador un pequeño número de compañías eléctricas que han servido al público con muy poca eficacia. Esta falta se ha debido tanto a lo defectuoso de las concesiones con que se establecieron como a la falta de capital y de medios para alcanzar una producción acorde con las necesidades públicas. Las caídas de agua con las cuales operan son todas de poca monta; los capitales, muy reducidos, y las miras muy estrechas. Claro que han servido y que su falta de vitalidad se debe en gran parte a que no ha habido estímulo. Nuestra vida política ha sido incierta y poco o nada se hizo desde la muerte del Presidente Araujo para empujar la parsimonia de nuestros hombres de negocios y atraer la inversión extranjera que es, cuando no se asocia con el monopolio de los servicios públicos, de una importancia inmensa.

Los buenos tiempos han cambiado sensiblemente y nuestro país, que está escaso de buenos líricos y de ruidosas personalidades políticas ha producido su buena cosecha de sentido práctico y la vida seria del trabajo ya se hace posible. Entre el estruendo verbal de Hispanoamérica, El Salvador aparece como un pueblo tranquilo, trabajador y ecuánime.

Aunque el solar patrio cuenta con tierras propicias para muchos cultivos y una topografía que promete influir benéfica-mente en el delineamiento de nuestra estirpe, nos falta mucho aún. Como Suiza, como Suecia, como Italia, como California, carecemos de petróleo y carbón bastantes que puedan contarse entre las reservas económicas del porvenir. Para esos países mencionados el desenvolvimiento hidro-eléctrico es la garantía sólida de supervivencia.

Energía barata quiere decir costo de producción bajo y naturalmente, ventaja inicial en la concurrencia económica del mundo. El carbón inglés fue el invisible espíritu que clavó con práctico éxito la bandera británica en tantos rincones de la Tierra. Todos saben por qué la cuenca del Ruhr ha sido una actualidad histórica trágica. Todos saben que el predominio de New England y la entrada de la Provincia de Ontario en la gran industria se debe a la proximidad de los Grandes Lagos. Energía barata equivale a una población adicional que produce sin consumo.

Nosotros debemos aprovechar lo único que nos queda después de haber acabado con nuestros bosques y que es la energía hidráulica. Si el proyecto de carreteras modernas que se comentó tan favorablemente en la prensa nacional, llega a realizarse, la obra de que tratamos será el factor dinámico en la transformación radical de la Patria.

El monto de electricidad barata que requieren nuestras pequeñas industrias será mayor cuando se les ofrezca en cantidad abundante a precio bajo. Nuestros peque-

ños talleres de carpintería, zapatería, mecánica, y confección de alimentos, telas, muebles y otras cosas de uso doméstico tienen urgencia del precioso fluido.

Si el Estado viene a realizar mañana entre nosotros la nacionalización y la utilización de nuestros saltos de agua y ofrece electricidad a bajo precio, centenares de industrias nuevas aparecerán y, mediante publicidad en el exterior, se logrará que industriales extranjeros establezcan aquí, ramas de sus grandes empresas.

Un Decreto memorable

N.º 16

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

Que es principio de buena administración impedir que se establezcan monopolios para favorecer intereses particulares o que se concedan privilegios que restrinjan en favor de unos pocos el ejercicio de la libertad de comercio e industria y que solamente el interés nacional puede justificar medidas de esta especie que no contradigan el propósito de esta reforma;

Por tanto, de conformidad con las disposiciones del artículo 134 de la Constitución,

DECRETA:

Artículo único.—El artículo 23 de la Carta Fundamental se leerá como sigue: «Artículo 23.—La República no reconoce títulos hereditarios o empleos venales, ni permite la fundación de mayorazgos. Son prohibidos además en la República los monopolios, los privilegios y cualquier otro acto, aunque fuere originado en una ley, que menoscabe o amenace la libertad de comercio, agricultura o industria, salvo los que el Estado haya establecido hasta la fecha o los que establezca en lo futuro para su subsistencia, para prevenir males sociales, para estímulo del ingenio, para la ejecución de obras o para el desarrollo de empresas de interés indiscutiblemente nacional que sin monopolio o privilegio no pudieran ejecutarse o llevarse a cabo, a juicio del Poder Legislativo, por una mayoría de los dos tercios de la totalidad de sus miembros, y salvo también los que las Municipalidades hayan establecido hasta ahora o los que establezcan en lo venidero para iguales fines con la debida autorización del Poder Legislativo, dada por la mayoría indicada».

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional, San José, a los treinta días del mes de mayo de mil novecientos veintisiete.

ARTURO VOLIO

Presidente, y los 42 Diputados restantes.

Casa Presidencial.—San José, a los ocho días del mes de junio de mil novecientos veintisiete.

Ejecútese

RICARDO JIMÉNEZ,

y los 7 Secretarios de Estado.

Hay en el Oriente de la República la oportunidad de poner en pie de nuevo una de las más grandes empresas con que ha contado El Salvador: los minerales de oro y plata del Hormiguero y San Sebastián. La fuerza barata volverá a la vida a aquella vasta región minera. Hay así minerales distintos, como el cobre, que podrán trabajarse. Hay allí en Metapán hierro bastante para cubrir de rieles, rascacielos y fábricas toda una Centro América unida comercialmente, con cincuenta millones de habitantes y tres mil millones de dólares de comercio exterior.

Para la pavimentación definitiva de San Salvador y Santa Tecla; para la construcción de los caminos modernos indicados por la ley vial; para el saneamiento de nuestros puertos y principales ciudades; para la transformación final de la casa de habitación salvadoreña, necesitaremos muchos millones de barriles de cemento que podemos producir si hay fuerza barata.

Vamos a necesitar, antes de treinta años, de un ferrocarril que una San Salvador con el Occidente hondureño y nos dé otra salida al Atlántico y una oportunidad para que el futuro capital salvadoreño vaya a transformar aquella rica zona del país hermano, y para ese ferrocarril, como para la electrificación de todo el resto, habrá necesidad de fuerza barata.

Alguna vez, cuando los hombres de visión económica y sentido práctico hayan eliminado por completo de nuestra Administración Pública el peligro de ingerir el Estado en los negocios, se emprenderá en la debida forma, como lo hace el Gobierno Federal Norteamericano, a proveer elementos para trabajos de irrigación de vasta escala, lo que hará posible duplicar la potencia agrícola de nuestro territorio. Y para esa fecha, que llegará prontamente si mantenemos cordura y paz social, necesitaremos mucha electricidad.

Y si El Estado procede desde hoy a la erección de una Super Planta que incluya todas las existentes sin esperar mucho tiempo, no hay que preocuparse por el costo, porque nuestras pequeñas industrias, propiamente estimuladas, pueden consumir una cantidad apreciable que cubrirá los gastos de operación, intereses y amortización de la empresa. Excitamos en estas líneas, respetuosamente, a la Dirección General de Estadística de la República que está a cargo de un hombre de ciencia y patriotismo, a que exponga sumariamente su punto de vista al respecto, mencionando datos breves que indiquen la potencialidad económica nacional.

Sólo queda consignar la necesidad de que la opinión pública se manifieste al través de las labores del próximo Congreso y que en la legislación a que se proceda, como es de desearse, se incluyan todas las posibles previsiones para asegurar el éxito de la nacionalización y evitar que si por desgracia cae el poder público

en manos inexpertas, la planta no pueda ser vendida ni destruida, ni convertida en mecanismo de explotación pública, pues los intereses colectivos exigen que la electricidad que se produzca se distribuya al costo.

N. VIERA ALTAMIRANO

(Diario del Salvador,
S. S., El Salvador).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

| | |
|--|--------|
| Goethe: <i>Memorias de mi vida</i> , 3 vols. | ₡ 5.00 |
| E. Dostoyevsky: <i>Los endemoniados</i> , 3 vols | 5.50 |
| <i>Cuentos de la Edad Media</i> | 3.75 |
| Pérez Serrano y González Posada: <i>Constituciones de Europa y América</i> , 2 vols. | 15.00 |
| Bulwer Litton: <i>Los últimos días de Pompeya</i> | 2.00 |
| Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> . (Poetas y prosistas uruguayos). | 7.00 |
| Juan de Bonifaz: <i>El Cantar de los Cantares que trata de Salomón</i> | 1.00 |
| E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos). | 2.00 |
| Eugenio d'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i> | 1.00 |
| Leopardi: <i>Parini</i> | 1.00 |
| R. Tagore: <i>Ejemplos</i> | 1.00 |
| Kahlil Gibrán: <i>El loco</i> | 1.00 |
| Paul Gerdary: <i>Tú y yo</i> | 1.00 |
| E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i> | 1.00 |
| Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i> | 1.00 |
| Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta) | 3.00 |
| Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta) | 3.00 |
| Homero: <i>La Iliada</i> (2 vols.) | 5.00 |
| Tagore: <i>Jardinero de amor</i> | 1.00 |
| Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón) | 1.00 |
| <i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabharata</i> | 1.00 |
| Miguel de Unamuno: <i>De Fuerteventura a París</i> | 3.00 |
| Luis López de Mesa: <i>Iola</i> | 1.00 |
| Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am. | |

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

El aviador Lindbergh

IMPORTARÁN para muchos y durante mucho tiempo, el hecho de que el joven aviador Lindbergh, fuera el primero en hacer un vuelo directo entre Nueva York y París, en un monoplano. Para los americanos de los Estados Unidos esto tendrá un valor sentimental: Lindbergh ha ennoblecido la firme tradición de amistad entre su país y Francia, una amistad que se manifiesta en horas supremas y con motivo de grandes acontecimientos. Las prevenciones ocasionales nacidas de falta de inteligencia entre las gentes de una y otra nación por razones egoístas, no son bastante para romper esos vínculos de simpatía entre uno de los más jóvenes países del mundo y la eternamente joven Francia: vínculos de simpatía que siempre florecen para la gloria del mundo. Así, pues, la espada de Lafayette, esta ala esplendente de cisne, ya había marcado un rumbo al pájaro audaz y bravío de Lindbergh. Pero la gloria de Lindbergh para muchos otros y por siempre, será la de la juventud arriesgada. La hazaña, un día u otro se tenía que realizar: algún día también se volará ordinariamente entre América y Europa en 24 horas o en 12 horas. Esto será lamentable para la guerra, entre los mundos, pero será sumamente beneficioso para la paz entre los hombres. Los aeroplanos se perfeccionarán cada vez mejor; conservarán una mayor estabilidad, volarán con vuelo más seguro, dominarán graciosamente el abismo, un día u otro. Lo de hoy, lo realmente humano de hoy y siempre, es el sello personal que Lindbergh puso con su juventud en esta empresa. ¿Cuántas cosas se ha preguntado este hombre joven antes de lanzarse en una épica conquista del espacio? No, no se ha formulado muchas preguntas: no se ha hecho sino una sola afirmación: volar de Nueva York a París. Habría que hacerle un poco de honor a ciertas cuestiones técnicas, las cuales han sido celosamente previstas por el joven aviador, tal vez con menos cálculo que intuitivamente. Pero él ha prescindido de todas estas preguntas que se hacen los hombres, la generalidad de los hombres cuando van a

comprometerse en empresas que superan a su común previsión de las cosas. Su pensamiento ha florecido espléndidamente con toda la pujanza de una flor selvática: atrayente, dominador, con un poder sugestivo que se parece al reclamo del abismo. Tampoco el pájaro pierde su tiempo previendo situaciones, o riesgos o posibilidades: también él se deja dominar por la inmensidad y va directamente hacia sus propios objetos. Lo que hay delante de sus ojos y en su pequeño corazón palpitante es una victoria diaria. El joven Lindbergh frente al mar no se turba en un laberinto de preocupaciones grandes o pequeñas; al rededor de él y en él no hay más que una voz mágica. El sabe cuál es esa voz mágica y vocadora de una fuerte voluntad y de una determinación incondicional. Ya está listo el aparato, ya funciona la hélice, ya tiemblan las alas del monoplano, ya se siente el impulso de partir. En el mundo humano que contempla la soberbia escena puede haber hasta angustia y ansiedad. En el aviador Lindbergh, este joven de ojos vivos, no hay ni angustia ni ansiedad: el mar vasto, el viento tempestuoso, los hielos del norte, la distancia, la noche implacable, la soledad, ¿qué es todo esto para él? Estrofas del profundo canto de su joven vida, de un canto fuerte y robusto de su poeta Withmann. Así es como él contará después, casi indiferente a la curiosidad de todo un mundo, que todavía no se comprende a sí mismo, de un mundo que todavía no conoce sus propios poderes, cómo el viento y las nubes y el mar fueron favorables a su propósito, cómo las deidades antiguas, ofrendaron sus virtudes al joven audaz y valeroso para hacerle la victoria más fácil.

El ha cruzado el mar, él ha ido en unas cuantas horas de Nueva York a París. Esto se dirá en donde quiera que su nombre resuene. Pero nunca olvidarán los hombres jóvenes del mundo, que su victoria es hija, primordialmente, de este épico impulso de vencer que es secreto de todos, cuantos jóvenes hicieron la gracia y la gloria de la vida.

RÓMULO TOVAR

San José, Costa Rica.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

se refiere a un em-singular en Costa experiencia la colo-

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Un poeta nuevo de América:

Carlos Pellicer Camara

UNA adolescencia como de hijo de Plutarco, sombreada por grandes ejemplos. Una juventud sin alcohol y sin tabacos, casi vivida en la palestra. Limpio pulmón para el canto, boca firme para el canto y la curtidura del buen sol azteca en la cara.

Cada día la pasión de lo heroico alimentándose de carne del pasado y del presente. Dijo: «padre» a Bolívar a los veinte años, y tanto le pidió confortación que un día le ha aparecido en su propio suelo «padre» vivo que lo acompañe y lo reconforte en Vasconcelos.

Amando mucho a Darío y volviendo la cara atenta a cada estrofa grande de este tiempo, su pasión verdadera, sin embargo, se detiene en los héroes y con ellos se queda. No me sé yo mejor el Padre Nuestro de lo que él se sabe sus biografías americanas.

El venezolano mayor le ha lavado el corazón de nacionalismos y le ha dado su pasión de la América toda. Como se sabe las anécdotas, las cabalgatas y las penas de Bolívar, se sabe la tierra nuestra y podría caminarla hasta la Patagonia, solo, en un buen caballo pampero.

En su biblioteca Europa cuenta poco y el Asia menos; pero es difícil que le falten las canciones mayas o colombianas del pueblo, su Humboldt, su catecismo yucateco y su Horacio Quiroga.

Tanto miró hacia el Sur con deseo del estuario del Plata y de la Cordillera que, con suerte de Aladino, se ha encontrado caminando despierto todo lo que caminó dormido y ya conoce su Colombia y su Iguazú y su montaña chilena.

Pero esta religión de lo heroico lo hubiese ensombrecido de gravedad prematura, si la adolescencia no se desquitara en él con juegos repentinos, gracias a los cuales la frente no se le madura de entrecejo. Con dos tercios del alma anda por los caminos de piedra de la Historia; con el otro salta sobre el árbol grotesco del estridentismo a cortar sus manzanas geométricas, sus flores cuadradas; así ha guardado su contento.

No quiere aceptar las fealdades de la raza; de tanto andar por la tierra pintada del trópico, la América, que más parece una pitahaya magullada, es para él la jícara de Uruápam. Le sobra ímpetu para dar el salto de doscientos años y ver el continente limpio y salvo, vuelto la tierra más bendita del mundo. Algunas quejas suyas sobre las miserias americanas andan por ahí en sus libros; no son serias: lo verdadero es su optimismo, de puro generoso, desenfrenado.

La Gracia entró en su casa y su madre debió hallarla alguna vez sentada a su cabecera. Es ella quien le pone en la mano dormida las más bellas metáforas. Tiene el ritmo cuando lo quiere y acepta la rima tardíamente pero a la metáfora magnífica anda abrazado, como a una novia.

Como lo más legítimo en él es, bajo apariencias bur-lonas, la nuez roja de lo trascendente, aquí pongo sus estrofas graves mejor que sus juegos.

Estrofa al viento del otoño

Oh viento del otoño, tus alas regocijan
las danzas pastorales, y en tu caudal paseo
mueves dulces señales en la flor de la espiga.
Maravilloso viento del otoño!
Tu espíritu sacude los huertos coronados de frutas
y tu sutil presencia aligera los gajos henchidos.
Pera de plata, manzana pintada o despintada,
higo como el crepúsculo, dulcísimo y sombrío.
Tu brazo y tu ala estremecen los árboles
y se oye el ruido obscuro de los frutos que caen

¡Oh viento del otoño, maravilloso viento
del otoño!

Acaricias los anchos trigales de la dulce Argentina
y haces rodar las últimas piedras bajo los Andes
y en mis ojos levantas una nueva alegría.
Alza la voluntad de los hombres de América,
abre los corazones de los hombres de América,
madura sus almas todavía tan amargas,
ahoga en tus telas de oro a la esperanza
fatal de los hombres de América.
Dales la fe superior al Destino
y la virtud mágica de tu sutil presencia.
Sacúdelos como a los árboles a tu paso divino.
¡Oh viento del otoño,
maravilloso viento del otoño!

Segador

El segador, con pausas de música,
segaba la tarde.
Su hoz es tan fina,
que siega las dulces espigas y siega la tarde.

Segador que en dorados niveles camina
con su ruido afilado,
derrotando las finas alturas de oro
echa abajo también el ocaso.

Segaba las claras espigas.
Su pausa era música.
Su sombra alargaba la tarde.
En los ojos traía un lucero
que a veces
brincaba por todo el paisaje.

La hoz afilada tan fino
segaba lo mismo
la espiga que el último sol de la tarde.

Sembrador

El sembrador sembró la aurora;
su brazo abarcaba el mar.
En su mirada las montañas
podían entrar.

La tierra pautada de surcos
oía los granos caer.
De aquel ritmo sencillo y profundo
melódicamente los árboles pusieron su danza a mecer.

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos.
El campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Sembraba la tierra.
Su paso era bello: ni corto ni largo.
En sus ojos cabían los montes
y todo el paisaje en sus brazos.

(A José Vasconcelos.)

Suele aparecer en el Continente enloquecido de contrastes, un mozo como éste, de limpios pulmones, de aliento entero, magnífico galopador del verso, genuino mozo de América sin becquerianas y sin ajenjos.

Nació en el trópico y en región de lindas mariposas: se le ha quedado esa encandiladura de los ojos que lo hará andar triste toda su vida por el *boulevard* de París. Sus sentidos fieles andan preguntando por la luz a cada cosa con que se encuentran, como por una madre. Para vengarse de cuanto se le queda sordo bajo este cielo pesado, él se encerrará en su cuarto de París a poner metáforas azafranadas y rojas en las hojas de un cuaderno.

GABRIELA MISTRAL

(El Mercurio, Santiago de Chile).

Página lírica

de Carlos Pellicer

=Del tomo *Hora y 20*. Editorial Paris-América-1927.=

Vacaciones

Días azules
en mi pueblo de tejados
como libros abandonados.
Días azules
con sus tardes moradas
a través de palmeras danzarines
y nubes imperiales.
Días azules
con noches negras fascinadas
por los ritmos pentagonales
de las estrellas.
Días azules
arreglados por la mujer amada
que escogía mis joyas
en sus miradas.
Días pintados
con los vestidos de ella.
Días medidos
con la cintura de la Primavera.
Y nada de nocturnos olvidados
en relojes de antigua belleza.
Estos son los días sobrenaturales
en los que el suceso de la aurora
maravilla mis ojos medioevales.
Estas las dulces horas
que Dios me regala como juguetes
de navidad,
a cambio de semanas impostoras.
Días azules
como horas
submarinas
plateadas y doradas de repente
por acuáticas serpentinadas.
Horas salvadas
como pedrerías en un naufragio.
Ensayadas
en el hilo de la eternidad.
Mi corazón es tu alabanza,
palmera de mis días azules,
mujer fiel, como las playas
y los brazos eternos de las cruces.

1922.

Paisaje

Así toda la luna y todo el campo
y todo el corazón.
Así la tristeza de no estar contigo
bajo el sutil imperio de los dos.
Panorama sin camino del recuerdo,
balcón total, balcón de hierro
de la dicha pasada!
Los vidrios del entusiasmo
que nuestras manos sangraron
y que el estío atesoró.
Tú eras dulce y eras también casi terrible.
Tu juventud prolongaba
con un ritmo imperceptible
la madurez de las manzanas.
En el caos eras la siembra en orden,
en el dolor, una nube de instantes.
Porque tu juventud era entre todas la más joven
y usaba sin pulir los mejores diamantes.

Trina y se mece
tu recuerdo. Crece y se afina
como las melodías
de esas largas y de enes
tan finas,
que los plurales son una sola cosa
de orillas vecinas
sobre divinas cosas.
Se mece y trina
tu recuerdo
en la fina
hebra del silencio
disminuyendo el fondo de la noche
en la diáfana sombra del recuerdo.
La castidad,
como una estrella que nadie ha visto,
nos guía suavemente
desde la ciudad
hasta el infinito.
Y en los ojos había un solo signo.
¡Música de entonces!
La música de lágrimas
de ver el porvenir en el pasado,
jardín y puertas trágicas.
¡Música de entonces,
ternura inexpresada,
alma en el alma,
tardes para las albas
y soledad inmensa de una sola palabra!
Así la luna y el campo
cerca de la ciudad. Así la vida
dolorosa o festiva,
desgarra en silencio,
orilla a la ventana pensativa.
Trina y ondea
tu voz en la sordina del recuerdo.

México, 1924.

El recuerdo

En las divinas horas
en que el paisaje se vacía,
—todo se lo han llevado las nubes—,
los objetos de familia,
las palabras íntimas.
En una soledad de todas las cosas,
ciego, mudo, sólo que me quedan unos cuantos dedos
para tocar las piedras y las rosas
que tú tocaste
o que solamente rozó el viento
de suave gloria que te trajo.
En la desaparición del panorama que fueron mis ojos;
en la interrupción del viaje de música
que fueron mis oídos;
en la pérdida de todo idioma,
(acaso por una bagatela de ortografía),
me rodean las horas
sin tiempo y sin clima
para entregarme
el tacto de las piedras y las rosas
que tus pies y tus manos
tocaron
o que apenas rozó el viento
de suave gloria que te trajo.

Tu ausencia ha dejado sobre las piedras
una florecita que tal vez es negra.
Y en la vida
de la piedra y la flor tras de tu sombra,
mis manos ven y oyen y graban un signo
que compendia todas las cosas.
En las horas,
en las divinas horas
en que se perpetúan los instantes
de tu ausencia presente de paloma.

México, 1925.

Grupos de palomas

(A la Sra. LUPE MEDINA DE ORTEGA)

Los grupos de palomas,
notas, claves, silencios, alteraciones,
modifican el ritmo de la loma.
La que se sabe tornasol afina
las ruedas luminosas de su cuello
con mirar hacia atrás a su vecina.
Le da al sol la mirada
y escurre en una sola pincelada
plan de vuelos a nubes campesinas.

2

La gris es una joven extranjera
cuyas ropas de viaje
dan aire de sorpresas al paisaje
sin compradoras y sin primaveras.

3

Hay una casi negra
que bebe astillas de agua en una piedra.
Después se pule el pico,
mira sus uñas, ve las de las otras,
abre una ala y la cierra, tira un brinco
y se para debajo de las rosas.
El fotógrafo dice:
para el jueves, señora.
Un palomo amontona sus *erres* cabeceadas,
y ella busca alfileres
en el suelo que brilla por nada.
Los grupos de palomas,
—notas, claves, silencios, alteraciones,—
modifican lugares de la loma.

4

La inevitablemente blanca
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a sí misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.
Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza
con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de sílabas maduras.

5

Corre un automóvil y las palomas vuelan.
En la aritmética del vuelo,
los *ochos* árabes desdóblanse
y la suma es impar. Se mueve el cielo
y la casa se vuelve redonda.

Un viraje profundo.
Regresan las palomas.
Notas. Claves. Silencios. Alteraciones.
El lápiz se descubre, se inclinan las lomas,
y por 20 centavos se cantan las canciones.

México, 1925.

Paisajes

I

Cuando los árboles entraban a la casa
húmedos de aurora y con una mirada
ponían azul lo que era blanco, y altas
voces de juegos y poemas rompían la ventana
tibia aún de los diálogos—palomas—,
no pasaba nada.
La mañana que vendía relojes de seis horas
y desayunos de paisajes con toalla limpia
y cuadernos con el Arca de Noé y sus
20 atracciones mundiales
al grito de amor y fe,
como tenía los dedos de cristales
y los ojos inmemoriales
y los oídos de plata,
no pasaba nada.
Y mientras rezaba con mi madre,
la puerta y yo pensábamos en ti,
tan dulce, tan ligera y tan amante,
que yo veía a los ciegos sumar,
dividir y multiplicar las estrellas;
y a los sordos
dirigir el concierto de los ángeles.
Tú, que eras un lirio en la noche
con caminos y canciones
y recuerdos de años con lágrimas
y sangre y degollaciones de corazones inocentes.

II

Yo estaba azul de ausencia,
—pedazos de mar y puertos urgentes—
y mis cartas se quemaban en el camino
lleno de palabras y poemas.
¡Nuestro amor silencioso y ágil como un signo!
Nuestro amor que maté
porque lo necesitabas muerto
para que fuésemos novios toda la vida
en la bahía con luna de mi voz y de tu silencio.
Y ahora soy ya la imagen opuesta a cien espejos:
una gota de agua en los divinos ojos esféricos.
Y te amo como los árboles al Alba
y por ti enseño a cantar a las águilas.
Y tu belleza es mi tesoro que gasto
en sostener el lujo de la Aurora
y los grandes robos al aire libre, de la Noche.
Eres la mujer morena de todas las épocas,
la espiga bíblica,
el pretexto colérico de la Iliada,
el encuentro anecdótico de Florencia,
la fiesta de Quetzalcoatl y mi canción mecida
entre las olas y las estrellas.

El teléfono llama, pero todo es inútil,
porque tú y yo estaremos siempre azules de ausencia.

Paris 1296.

EN nuestra América, tierra de orquídeas, no ha brotado una literatura equivalente a estas flores. Hemos tenido la etapa del zenzontle—todo el siglo XIX es nuestro 1830—y la etapa de la exaltación de las aves heráldicas: águila, cóndor, o quetzal. La novela de Armando Zegrí es de ese otro tipo exótico y floral: *odontoglossum*, *catleya*, *cypridium*; igual color, idéntico, morboso aroma: en Dalia la protagonista hay algo de Dalila.—Max Jacob: *le dhalia que Dalila lia*.—Pero no en vano el último decadente se fuga a los «llanos» de Colombia, ávido de vida fuerte y primitiva. ¿Habíamos olvidado acaso que las orquídeas son flores tan naturales como las azucenas?

ALFONSO REYES

Paris, 1926.

He aquí un libro que vale más, mucho más que su título. ¿Quién sabe si el autor no se ha visto desbordado por su tema, a medida que lo desarrollaba, y ha sido llevado mucho más lejos de lo que quería, sobre todo a mayor profundidad?

El decorado es de decadencia, y también las conversaciones, y las paradojas, que recuerdan, en efecto, las del *Retrato de Dorian Gray*. Pero el tema es un tema eterno, uno de esos temas que obligan, por así decir, a la obra maestra, por poca sinceridad absoluta que se tenga.

Pero ha sido con una absoluta sinceridad como Armando Zegrí ha estudiado su personaje de Dalia de Rodas, tipo de perversa por coquetería. Tipo acaso bastante raro; pero temible y gran destructor de energías masculinas... Es Carmen, es la heroína de *La Femme et le Pantin*. Y verdaderamente Dalia es digna de entrar en esta galería de retratos femeninos.

Nada hay, en efecto, que produzca un contraste más vivo que el tono de decadencia de esta obra preciosa y tan cerebral, y la salud, si así puede decirse, de la aventura, su normalidad robusta, experimentada, llena de vida.

FRANCIS DE MIOMANDRE

Paris, 1926.

Cuando uno piensa en Chile se imagina un país en el cual la mayoría de los hombres son peones y donde el sport favorito consiste en paseos por vastos campos de salitre. Se diría que aquella nación, a lo largo del Pacífico, carece de atractivos y relega la imaginación a un dominio de simplicidades insípidas.

Apreciaciones

El último decadente

Novela por



Armando Zegrí

Sin embargo, en *El último decadente*, el escritor chileno Armando Zegrí, muestra un grupo de personajes ultrasofisticados quienes podrían haber muy bien salido de *Le Dome* en Montparnasse. La gente en este libro que merece ciertamente un título menos prejudicial, pasa una vida de opulenta inactividad y falta de miras; bebiendo cock-tails y fabricando ironías en las residencias de Santiago. Cuando están aburridos de flirtear crean paradojas, desarrollan ideas capaces de producir escándalo. En seguida se apresuran a visitar a sus amigos para probar el efecto explosivo de las últimas paradojas. Hay charla brillante y nervios fatigados.

El último decadente es una novela cerebral escrita por un sudamericano que tiene sangre española y árabe. Zegrí se divierte más en agotar el significado de una idea que el de una emoción. Por esta razón críticos españoles comparan su último libro con el *Retrato de Dorian Gray*, una comparación justa porque los personajes interesan más por su ideología que por sus acciones. Francis de Miomandre, el crítico francés, asegura que Dalia de Rodas, la heroína, es digna de entrar a la galería de retratos femeninos famosos. Zegrí ha creado en Dalia un destructor admi-

nable de energía masculina. Es una fina *provocateur erotique* tan artificial que «se podría haber dicho que la afectación era natural en ella,—afectación sin afectación—y que se imponía en todas las acciones de su vida en la misma forma que la elegancia se traduce hasta en los gestos más despreocupados de algunos individuos». Dalia es joven, libre, rica, supremamente elegante. Es la serpiente de la Biblia y la complace la serie de destrucciones que producen sus encantos. Esta virgen sabia se viste una sutileza viciosa y se encoge de hombros cuando su amante ha necesitado consultar un médico respecto a una especie de parálisis producida por represión sexual. Es interesante conocer a esta Carmen virginal. Ella es una creación auténtica, aunque cruel. Todos los otros hombres se mueven simplemente alrededor de ella, todos excepto el esteta ocioso que gasta su vida conversando y repentinamente huye a las tierras vírgenes del trópico donde no tendrá audiencia para sus discursos. Uno sospecha que Zegrí realmente intentaba usar este decadente como el personaje central, pero encontró más vital y dominante la figura de Dalia.

El último decadente representa una reacción concienzuda contra el falso lirismo latino, defecto capital del temperamento español. El estilo es cortante, sobrio, disciplinado. Da la impresión de un torrente contenido. Zegrí ha contado su historia en 30.000 palabras cuando podría haber fácilmente triplicado el número. La novela es un desarrollo de la idea que «el amor es la única vulgaridad interesante». Las emociones divierten al autor y ayudanle a dar su ceja el ángulo agudo apropiado. No hace retórica sobre los dolores del amor, apesar de que Rodríguez sufre todo el tiempo y no hay sentimentalismo ni aún a la hora de su muerte producida por una extra dosis de medicina. El libro está hecho de una manera indiferente y científica.

Esta novela llena espléndidamente la promesa formulada en sus dos libros anteriores. Ambos le han ganado renombre en países de habla española. En el nuevo libro el lector encontrará preciosismo de ideas extrañamente combinado con fuertes y primitivos deseos físicos. La combinación es extraordinaria.

J. H. LEWIS

(The New York Herald Tribune, New York City).

Compañero:

Tal vez por viajero, aunque a mi inquietud de viajar hayan querido salirle cadenas, tal vez por lírico, aunque, a fuerza de años y desengaños, a mi lirismo se le hayan encogido un poco las alas, es lo cierto que un grupo de compañeros, en su mayoría artistas y escritores, ha querido que sea yo quien, a nombre de todos ellos, os ofrezca, a vos, señor, insigne viajero y lírico, este sencillo homenaje de su cordial devoción y acatamiento.

La facilidad y la multiplicidad de las comunicaciones, por la tierra, el agua y el aire, han puesto el placer de viajar al alcance de todas las bolsas. Pero no a todos, es dado pasar por entre las cosas iluminándolas, poniéndolas de relieve, extrayéndoles quintaesencia de hermosura con la llama del fervor lírico. Para esto se requiere ser poeta, artista o pensador, ser, en suma, lírico de algún modo. Y semejante preeminencia, caso de serlo, se paga muy caro. Para esa calidad de viajador, el placer de viajar se cambia insensiblemente en melancolía, toma sabor de ceniza empapada de lágrimas, hecho como está de un perpetuo arraigarse y desarraigarse, de un desesperado y perenne decir adiós a las almas y a las cosas bellas. Y asimismo, para ese viajador es muy más cruel, infinitamente, la crisis que acecha, ineludible y fatal, a casi todos los hombres, cuando ven acercarse el término de sus días y han perdido hace tiempo la fe en la inmortalidad. Piensan en cuantas cosas bellas conocieron, pero sobretodo piensan con amargor de ánimo en aquellas que dejaron de conocer, en los países bellos y lejanos que dejaron de atravesar y, en ímpetu desatentado y loco, los sobrecoge el deseo vano e imposible de abarcar en un solo abrazo todas las bellezas de la tierra, o de apurar como en un solo beso todas las dulzuras de la vida.

Mientras llega esa crisis, que para vos deseo no llegue jamás, o llegue tarde, por en medio a este extraño mundo nuestro—que, agitado por las convulsiones epilépticas del charleston, embriagado y ensordecido por las brutales estridencias del jazz-band, y debatiéndose por millones chorreantes de sangre, de aceite negro, o de cosas menos gratas aún, no se avergüenza de pararse a coquetear con la memoria sin tacha del Poverello—vais dejando sobre las cosas de la ruta la música de una charla pintoresca y discreta, la gracia leve

Homenaje a García Sanchiz

Palabras de MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ, dichas en el Restaurant *La Suisse*, en la comida con que algunos artistas y escritores venezolanos obsequiaron a García Sanchiz en la noche del 14 de febrero pasado.



García Sanchiz

de vuestro arte y el arte de vuestra sonrisa.

Las gentes prácticas y graves no conciben el pensamiento y las ideas sino encerrados en libros de muchas páginas, medulares y densos, escritos con vocabulario lo más hermético posible, inverosímil y bárbaro, como aquel en que se expresan ciertos sistemas filosóficos. La obra del estilo, una frase bella y musical, por el solo hecho de ser bella y musical, se les antoja privadas de ideas. Ignoran del arte el secreto de atenuar la fuerza con suavidades de música y de flor, el secreto piadoso de esconder con música y flores las profundidades del abismo del pensar a los débiles de espíritu, aunque sin embargo sepan cómo con las frondas más frescas y floridas el cazador en el bosque prepara trampas formidables a las fieras. La aparente ligereza, la aparente levedad o frivolidad pueden estar henchidas de cosas graves, ir preñadas de pesadumbre. Como en una flor la primavera, puede en una burbuja de vino generoso contenerse toda la inspiración, y en el seno de una chispa de ingenio, como en el regazo

de una nebulosa minúscula, ponerse a girar soberbia y musicalmente un vasto sistema planetario del espíritu. Una crónica alada y graciosa, chisporroteo del ingenio, puede ser tan eficaz como una tronante batería de Setentincincos o de Skodas. Y eso mismo es a veces demasiado, porque basta una sonrisa. Muy bien podría, sobre la eficacia de la sonrisa, escribirse un tratado maravilloso. Todo un siglo de vida española, el siglo catorce, con sus conventos relajados y sus frailes disolutos, vive en la sonrisa del Arcipreste. Las abominaciones e iniquidades de otra época, española también, perduran por los siglos de los siglos crucificadas en las páginas del Quijote por la sonrisa justiciera de Miguel de Cervantes. Piénsese en cuántas cosas no ha corroído como un ácido sutil, en cuántas cosas no ha disipado como a las nieblas el fuego solar, aquella sonrisa que sin cesar ha venido fluyendo desde los labios de Voltaire hasta la pluma de Anatolio. Sin retóricas, y ya fuera del arte, de una sonrisa, muy parisiense aunque floreciera entre los viñedos del Rhin, la sonrisa de Metternich, puede decirse que fué la que, soliviantando pueblos y suscitando gigantes coaliciones, desbarató para siempre, con el torvo ceño cesáreo, la obra cesárea y descomunal del enorme hijo de Córcega. Puede ser simplemente destructora, puede ser noblemente constructora, y puede, en fin, ser destructora y constructora a la vez. Hecha de cantos de alondras, de música de arroyos del Casentino y de Rieti, restauró el Evangelio, renovó la vida y el arte cristianos, y redimió por segunda vez a la cristiandad la sonrisa seráfica de Francisco de Asís.

Pero no basta sonreír, ni siquiera saber sonreír; no basta poseer los conocimientos del oficio, la habilidad profesional; es necesario que la sonrisa brote animada de fervor, que surja de un poso de idealidad, escondido y profundo, como de un hontanar secreto. Y he aquí que, en vuestro caso, una sonrisa hecha quizás a un tiempo de ironía e indulgencia, una palabra, un simple gesto, os han denunciado, y gracias en parte a ese gesto os hemos reconocido, y ahora os saludamos como a un verdadero maestro y embajador de la sonrisa.

Afortunadamente, siempre encontramos por el mundo quienes comparten y, por tanto saben descubrir con facilidad nuestro secreto. En una de las páginas más bellas que he leído, Stevenson, el célebre novelista escocés, habla de un juego candoroso que un día

inventaron los muchachos de su aldea, contemporáneos suyos. El juego consistía en llevar, no sé cómo, encendida, a cierta hora, debajo del vestido, una lamparita diminuta, y el encanto del juego probablemente se hallaba en que eso fuera ignorado de los demás, de los indiferentes, de las personas mayores. Y agrega Stevenson que, pensando más tarde, al correr de los años, en aquella lamparita, él se la representaba como el símbolo perfecto del ideal. Puede ser un ideal de humanidad o patria, de ciencia o religión, de arte o de bien. Los demás no lo ven, y pasan indiferentes a nuestro lado. Pero cada uno de nosotros sabe que el ideal está ahí, no ya debajo de las ropas como la lamparita del juego infantil, sino dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestro propio corazón, claro y puro como un diamante, luminoso como una estrella. Y así como los compañeros de juego adivinaban sin duda al poseedor de la lámpara en el gesto de ufanía con que él se paseaba por entre las personas mayores, nosotros adivinamos la luz de vuestra lámpara ideal y os reconocimos en un gesto.

Cogisteis como en un haz muchas de vuestras visiones de peregrino. Eran visiones de belleza, de esas que vuestros ojos avizores como halcones han venido atrapando, agazapados bajo la peña dura de vuestra frente. Y me complazco en imaginar que las primeras fueron las que primero tuvisteis desde lo alto del Miguelete nativo: la visión de la huerta verdeante constelada de pomos de oro, y la visión del azul Mediterráneo, del mar de Ulises, que tal vez desde entonces pusiera también en vuestro corazón el mal de Ulises, el mal de errar, que agarra y no abandona a su víctima sino cuando ésta se prepara a emprender el viaje del que no se vuelve. Luego vendría la visión de Mallorca, de la que yo suprimiría, oh compañero ilustre, a la ávida señora Jorge Sand, para dejar sólo a su tierna presa polaca en la mejor compañía de Raimundo y de Rubén, frente a aquel divino paisaje de dulces valles y alcores, de arcaicos y atormentados olivos, de suaves almendros en flor y de grutas que son palacios de sirenas, incomparables y magníficos, luminosos y diáfanos. Después de esas visiones familiares y de otras europeas, las del Asia remota: ya la de una sedería de Shangai donde un artista de la seda tradujo y tejió con sinfonía de ramajes y flores una vaga canción de Wang-Chi-Fu; ya la de una campiña japonesa, con sus inevitables cerezos desgajándose de flor sobre arroyos claros y apacibles. Y a esas visiones cogidas en un haz con las más recientes de América, y a vuestras aguafuertes y acuarelas de

viajero artista, y a las flores del camino que destacando de la hojarasca o del follaje, son para el caminante como la sonrisa de la tierra, agregasteis todavía vuestros ensueños y nostalgias de viajero, la gracia de vuestro arte y el arte de vuestra sonrisa, para depositarlo todo junto, y partirlo después como un dón de Navidad, o mejor como un dón de reyes, a la cabecera de las cunas de unos anónimos niños pobres.

Ese gesto, en el que no quiero ver solamente un desinterés y una generosidad muy españoles sino algo más ideal y profundo, fué para mí realizado por una palabra que divulgó un compañero periodista. Porque los compañeros periodistas suelen ser y aun deben ser, como bien lo sabéis, por necesidad indiscretos. La aludida palabra expresa vuestro propósito de españolizar en América para luego americanizar en España. Y entiendo yo que, así y a la postre, los verbos americanizar y españolizar vendrían a tener un solo y el mismo significado, por lo que con fórmula tan feliz nos hallaríamos ya muy lejos de aquellos iberoamericanismos baratos y de ocasión que, de tiempo en tiempo, salían a la superficie de la piel como inofensivas erupciones periódicas, sin perjuicio de que pasada la ocasión, o la erupción, cada uno se quedara en casa muy tranquilo, abrazado a su nacionalismo exclusivo o excluyente. Con tal fórmula terminaría también aquella cándida política familiar en que se habla siempre de una madre y de unas hijas o de otras entidades domésticas, a riesgo de que por encima de los Pirineos o más arriba de Tejas nos apliquen, adjudicándonos el parentesco justo, si bien con estricta acepción madrileña, el dictado de primos. Así quedaríamos frente a la realidad, frente a una realidad única y viva que va de los Pirineos al polo sur. Su nombre poco importa: para el español puede ser España, una España dilatada hasta la Tierra del Fuego; para el hispanoamericano puede ser América, una América española extendida hasta las rudas costas cantábricas. La realidad está ahí, esperando inútilmente que la plasmen, la incorporen y la guíen manos hispanoamericanas y españolas. Y bien valdría la pena de emplear en esa obra, con todas las demás fuerzas de que yo hace un momento hablaba, la eficacia constructora de la sonrisa.

Por de pronto, bien podréis decir, ya de vuelta, cómo pasando de región a región, de país a país, a través de nuestra América del Sur, no habéis salido nunca de España. Según propia confesión ¿no habéis hallado a vuestro paso por Caracas la sonrisa de Andalucía?

A vuestro gesto, a vuestra palabra,

a la gracia de vuestro arte y vuestra sonrisa, Caracas ha contestado con su sonrisa, propia o andaluza. Ella siempre supo y aún sabe sonreír. Es verdad que hoy su sonrisa suele desvanecerse, alumbrada por una grave congestión de automóviles intrusos, cuando con violencia no se la desgarran el estentóreo clangor de aquellos claxons de que justamente aborrecéis. Es verdad también que esta vez, en fuerza de un invierno largo y terco, su sonrisa ha lucido mojada de lágrimas. Pero entre nublado y nublado, cuando ella sonría, podréis penetrar en su corazón, y veréis cómo de todo corazón os ofrece y dedica las palmas triunfales que cría en lo alto del Avila, en las más frescas y abruptas quiebras del monte.

Entre tanto, a la manera como a un poeta joven y triunfante saludaba otro poeta ya viejo y decadente, yo os digo, en nombre de los camaradas y amigos congregados aquí: salud y gloria española pura a lo largo de vuestro camino de lírico y viajero.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

(*El Nuevo Diario*,
Caracas, 17 febrero de 1927).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

JOSE J. DOUARTT R.

AFINADOR CIENTIFICO

Ex-armador de Pianolas en

«The Starr Piano Company, Talleres Richmond»
Indiana, E. U. A.

Reparador de Mediófonos y Armoniums
Testimonios honoríficos.

Dirección: «La Maison Doree», 50 varas Norte del
Mercado. Apartado No. 680.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina

Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Dirijase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Dos artículos de Wyld Ospina y un comentario de Cardona

«REPERTORIO está lleno de usted, de sus simpatías y, aun a veces, de sus diferencias...»

JAIME TORRES BODET

(Fragmento de carta al Editor).

El iberoamericanismo

Ideólogos y palabristas

EN el REPERTORIO AMERICANO, del señor García Monge, de Costa Rica, y en algunos periódicos guatemaltecos que me llegan hasta el retiro agreste en que hoy se desenvuelven, con placidez espiritual, mis días, me doy de manos a ojos, como con un huésped estrafalario, con largas y encendidas lucubraciones sobre el iberoamericanismo.

Me entero de que un señor Elmore, del Perú, anduvo en viaje de propaganda con el fin de «organizar el pensamiento hispanoamericano» y celebrar un «congreso de intelectuales» del habla castellana. Por ahí leo que Manuel Ugarte acaba de dirigir «un manifiesto a la juventud latinoamericana» y que el publicista Palacios, de la Argentina, escribió otra arenga en que, con arrogancia tartarinesca, declara que «no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas» y pide que nos emancipemos, los mestizos de América, hijos de indio y de español, o criollos de europeo, «del pasado y del ejemplo de Europa». Por su parte, los escritores ibéricos, como Arquistain, echan su cuarto a espadas y teorizan largo y tendido, con su característico desconocimiento de lo que en realidad son estas antiguas colonias españolas. Y, finalmente, me embosco en espesas parrafadas de prosa periodística, en que se diserta sobre «compactación racial», «organización política del ideal», creación de una especie de sociedad de naciones hispánicas y hasta de excluir de este sideral concierto a aquellos países en donde «imperen regímenes reaccionarios».

Y tan curiosos me parecen estos señores que se han puesto a arreglar el mundo y es tal mi asombro de que gente al parecer enterada de lo que son problemas sociales, siquiera por su título de *intelectual*, ande todavía soñando despierta, con el magín repleto de una fraseología huera, que no me he podido resistir a robarle un rato a mi apacibilidad campesina para enhebrar este artículo.

Yo, francamente, no atino con lo que pueda ser el «pensamiento de Hispanoamérica» ni menos con la manera de organizarlo. Tampoco estoy convencido de que en estas tierras habite una «raza»—lo que en sociología puede llamarse con propiedad una raza—ni que, de haberla, deba «compactarse» mediante la aceptación de ciertos postulados que, por otra parte, nadie formuló aún con precisión y claridad. Ya el apelativo mismo de *América latina*, que los iberoamericanistas usan a troche y

moche, es un barbarismo histórico que da la medida de la gran ilusión que emboracha el cerebro de estos señores.

Se ha argüido que pensamiento hispanoamericano es sinónimo de cultura hispánica. Esta sinonimia aparece arbitraria, pero concedámosla; y, concedida, preguntemos: ¿los pueblos indohispánicos poseen cultura hispánica? ¿No es la suya una cultura de tinte europeo y más propiamente francés?

Pero vamos a la médula del asunto. Yo estaba creído de que la unidad espiritual de una raza no descansaba solamente sobre la identidad de origen y lenguaje. Pueblos de una misma habla y de igual procedencia étnica pueden, conforme a la diversidad de ambientes, influencias e intereses, romper la unidad inicial hasta poseer tendencias espirituales antagónicas. Yo creí, simplista, que la unidad racial era imposible sin el básico intercambio comercial y la identidad de intereses y recursos económicos entre los pueblos afines. Primero, los nautas y comerciantes; después los estadistas, y por último, los *intelectuales*.

América hispana es tan enorme como despoblada. No tiene caminos, ferrocarriles, naves. Carece de capital y técnica para el desarrollo de la inmensidad de sus tesoros naturales en la inmensidad de su territorio. Su comercio, rudimentario, lo hace principalmente con el extranjero. En Guatemala comemos arroz chino y carnes de Chicago; nunca saboreamos estos productos venidos de Argentina. Cuando nuestra cosecha de maíz es insuficiente, pedimos el grano a Estados Unidos. Leemos libros franceses antes que libros hispanoamericanos.

Los antiguos lazos «raciales» se han aflojado mucho o quedaron rotos definitivamente. El principal de todos, la religión, ya no mueve las almas ni unifica la acción de las multitudes. Nuestro régimen político, la república, no tiene sino universalidad nominal. En realidad, cada país de América hispana se gobierna a su modo: hay monarquías dinásticas, cacicazgos, satrapías, protectorados, democracias capitalistas, repúblicas burguesas, aristocráticas o militares, y hasta republiquetas sin denominación política conocida... El ideal democrático mismo se descompone hoy día en modalidades que, andando el tiempo, quien sabe lo que vendrán a ser.

Sólo nos queda la continuidad geográfica y el idioma. Con ser mucho resulta poco. El valor de la primera es muy relativo con los actuales medios de comunicación, que acercan más a Nueva York de Buenos Aires o París que a Guatemala de Bogotá. El idioma—arca santa—también se descompo-

ne, se modifica, se anarquiza. El castellano de Argentina opera una revolución que acaso mañana será de fondo, la cual llevó a un grupo de lingüistas al propósito de inaugurar una academia y formar un diccionario de «la lengua argentina»... Pero aún cuando la unidad perfecta del idioma se conservase ¿compactariase por ello la raza?

En cambio, el alud inmigratorio está formando, sobre terrenos de aluvión, un nuevo núcleo étnico en el sur, saturado de esa vieja cultura europea que el señor Palacios desprecia con un gesto tan portugués. Con sus argonautas, Europa y América anglosajona envían a la América india su capital y su ciencia dominadora. El petróleo de Venezuela, los metales de Colombia, la agricultura del Perú, la pecuaria de Argentina, las riquezas de México y Centro América; todas las fuentes de producción son del oro y de la técnica yanqui, alemana, inglesa, o sufren al menos, su contralor inevitable. Todo: navegación, electricidad, hulla, petróleo, cables submarinos, estaciones de radio, aviones... nos viene de fuera, como si un mundo se vaciara en otro.

Hay que desterrar ya, por inservible, el clásico concepto de raza. Aquellos principios absolutos de los ideólogos del siglo XIX están en bancarrota. Ni la igualdad, ni la libertad, ni la fraternidad—médula teórica de la democracia—son ya dogmas políticos... ni aún en las democracias más avanzadas. Su sentido actual es derivado de las fuerzas histórico-económicas imperantes—y no digo leyes porque en el momento parece no haber tampoco leyes. Ya no son principios; son resultantes.

Según Le Bon, las nuevas fuerzas que están gobernando el mundo derivan—repetámoslo—del petróleo y de la hulla. La génesis económica de la historia se afirma una vez más como una verdad eterna. El factor político es subalterno. Bajo el influjo de estas normas de la naturaleza, que aún no podemos medir en toda su profundidad ni en todo su poder estupendo, es que evolucionan los grupos humanos y se deshacen las razas para formar quizá un nuevo tipo de sociedad, infinitamente más universalista de lo que hemos soñado.

Jamás, en la historia del mundo, se logró mantener unidad política ni espiritual en territorios muy extensos, ni aún bajo la presión de un Alejandro o un Bonaparte, es decir, del genio humano. En las grandes masas terráqueas, como en las grandes masas étnicas, los cataclismos y las fragmentaciones parecen obedecer a una ley natural sintetizadora, que siempre hizo surgir la cultura en pequeños territorios, habitados por núcleos de hombres selectos—células grises de la humanidad. Esto pasará en América. Si no fueran bastante a predecirlo las hondas diferencias que ya desorganizan y disgregan el gran cuerpo, sobraría con la invencible rémora que para una civilización uniforme presenta el indio americano.

Venirse ahora con «compactaciones raciales» y «organización del pensamiento continental», amén de los congresos de escritores, para hacer triunfar el iberoamericanismo, es algo que oscila entre la chifladura y la comicidad. Esperar que don José Vasconcelos, don Edwin Elmore y don Manuel Ugarte vayan a apuntalar el ideal con discursos, banquetes y mensajes a una juventud fantástica, que no está pensando en eso, es sustentar el criterio oficialista sobre el iberoamericanismo, cuya tartufesca culminación la tenemos en la *Fiesta de la Raza...*

CARLOS WYLD OSPINA

(*El Imparcial*, Guatemala, R. de G.)

Centro América frente a los Estados Unidos

Cobán A. V., 14 de marzo de 1927.

Señores Antonio Escoto
y Efrén Castillo

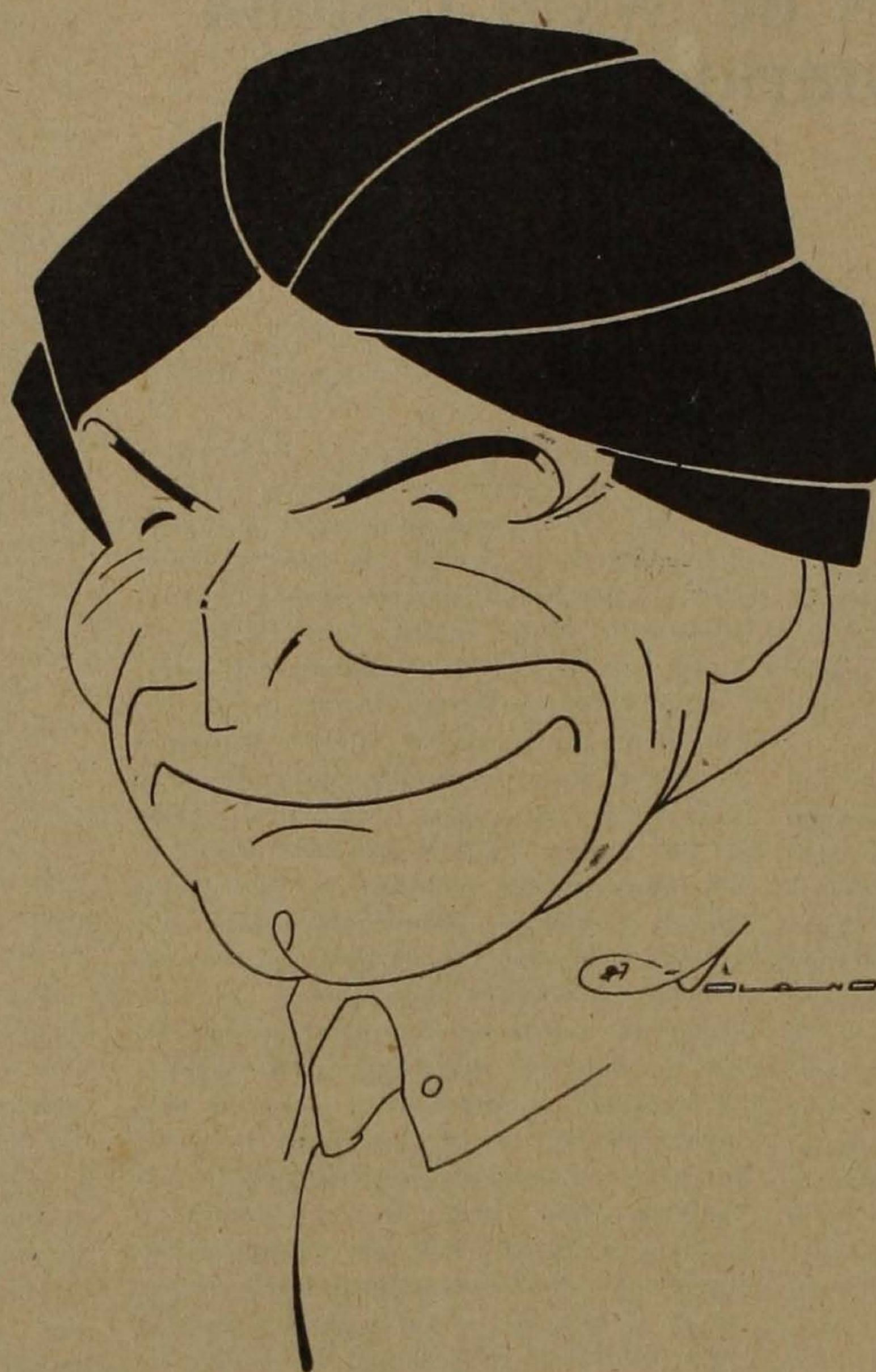
Director y Jefe de Redacción de
La Idea.

Quezaltenango.

Queridos amigos:

Antonio, en carta reciente, me dice su extrañeza por haber faltado a ustedes mi colaboración en la campaña anti-imperialista que viene desarrollando *La Idea* con propósitos que no pueden ser más nobles y patrióticos; y me pide que no les escatime mi granito de arena. Ustedes saben, de antemano, cuánto estimo y agradezco la deferencia con que me honran; y debo decirles que mi relativo silencio en esta ocasión nace de dos razones concluyentes, aparte de la poca importancia que, en asunto de tan magna trascendencia, pueden tener mis opiniones. A saber: 1.^a—Mi criterio al respecto quedó consignado en diversos escritos y en diversas épocas (artículo publicado en *El Imparcial* con el mote *Ideólogos y palabristas*, comentado en el mismo diario por Rafael Cardona; carta a Moisés Vincenzi insertada en REPERTORIO AMERICANO; carta dirigida a don Joaquín García Monge, el excelente costarricense, y que él publicó en esa revista, y por último otra carta a usted mismo, Efrén, la cual mereció los honores de la letra de molde en el diario de ustedes, (*La Idea*) y 2.^a—Estoy a un paso de la decepción completa en lo que atañe al porvenir de Centro América frente al imperialismo de los Estados Unidos del norte, que considero imperialismo de raigambre económica contra el parecer de mi talentoso amigo don Flavio Guillén, que le llama simplemente «expansión territorial».

Mi decepción no se origina tanto del inmenso poderío de ese nuevo imperio inter-



García Sanchiz

Visto por SOLANO

nacional que llamamos Yanquilandia, como de la carencia de voluntad defensiva y de conciencia patriótica que advierto en los pueblos centroamericanos. Creo que si es temible el enemigo externo, más temible resulta el enemigo interno, esto es, nuestro indiferentismo, traducido en cierta voluntad negativa de dejarnos tragar por el ogro sin más profesta que un encogimiento de hombros ante lo que consideramos inevitable. Peor aún: hay en Centro América gobiernos y clases enteras que son cómplices y agentes indirectos de las maquinaciones brutales de la Casa Blanca. Nadie podrá negar que nuestra clase adinerada, dueña de alguna cultura intelectual, simpatiza en buena parte y sin rebozo con todo lo que es yanqui. Hace gala de hablar en inglés a sus paisanos; imita las modas, usos y costumbres de nuestros enemigos, desde los pantalones balum hasta los procedimientos comerciales; prefiere la mercadería *Made in U. S. A.* a cualquier otra y compra cuanto puede a los comerciantes nórdicos; lee periódicos, libros y magazines yanquis; hace viajes dispendiosos a Nueva York y California, en donde malbarata sus haberes, y llega en ocasiones a cambiar su ciudadanía centroamericana por la yanqui...

ya ha sido entregado) están en manos yanquis! ¡Hasta en las aduanas tenemos expertos yanquis! Aparte el café, (del cual el 75 u 80 % es de pertenencia extraña y su valor en el exterior se queda) y los misérrimos plantíos de cereales que siembra el indio para no morir de hambre, *nuestra* producción no es nuestra. Es extranjera, y el exfranjerero que con nosotros convive y en Centro América se enriquece, resulta un nuevo e involuntario aliado del yanqui, porque, reteniendo en sus manos el máximo de la riqueza pública, es ajeno al sentimiento de la nacionalidad, y sus cuantiosos recursos no concurren ni podrán concurrir nunca, por razones naturales, a la defensa de nuestras patrias.

El cuadro es desconsolador, pero, con todo, Centro América podría salvarse aun si aquí existiese un pueblo, no ya poseedor de una clara conciencia de sus intereses y una firme voluntad de defenderlos, sino al menos una multitud en que el instinto de conservación no estuviese tan atrofiado como lo está en el istmo, con la única excepción de Costa Rica.

Está probado que los países débiles, militarmente hablando, pueden existir independientes, respetados y prósperos, en la

Hablar de la acción suicida de los gobiernos, sumisos, con sumisión asiática, a la Casa Blanca, es caer en redundancia. Demasiado se ha escrito sobre ello y demasiado lo sabemos todos para que cuanto yo pudiese decir aquí tuviese alguna novedad. En la mencionada carta a García Monge, y en las anteriores a usted, Efrén Castillo, y a Moisés Vincenzi, expuse con amplitud mis opiniones sobre la triste condición tributaria en que oficialmente vivimos frente a la Roma de América, nosotros, pobres bárbaros que sin haber conocido nunca el goce pleno de la libertad y la cultura, nos hundimos ya en una decadencia que hace de Centro América el cautivo atado al carro triunfal de los Césares del Norte, filibusteros modernos que se llaman Coolidge y Kellogg como antes se llamaron William Walker y compañeros.

Hemos llegado a tal punto, como otra vez lo dije, que los Estados Unidos ya no necesitan pedir para obtener. Nuestros gobiernos, con raras salvedades, y nuestras clases dominantes, sobre todo la plutócrata, se apresuran a ofrecer, en cambio del poder y de algunas risibles ventajas financieras, lo que en la esfera de los hechos íntimos sólo ofrecen las mujerzuelas, esto es, el honor, la independencia y el territorio centroamericano. Banca, comercio, ferrocarriles, navegación, puertos, banano, chicle, maderas, petróleo (no se sabe todavía si existe, pero si existiese,

vecindad de las grandes potencias. Ahí está Bélgica, ahí está Holanda para ilustrarnos. En Venezuela y México los yanquis explotan el petróleo, en Colombia las minas, en Perú valiosos recursos naturales, etc., etc. Sin embargo, el caso de estas repúblicas sudamericanas no es el caso agónico de Centro América. ¿Por qué? Porque allá se opone al yanqui el instinto defensivo de las masas populares y la conciencia patriótica de las clases dirigentes que, a despecho de muchos judas oficiales, logran mantener más o menos a salvo la autonomía nacional y cierto ventajoso equilibrio, si quiera sea contrabalanceando la influencia del capitalismo yanqui con la del capitalismo europeo. Cuando ocurrió el despojo de Panamá, el pueblo de Colombia, unánime, declaró un decidido *boycott* al comercio enemigo. En Bogotá una compañía yanqui era propietaria del tranvía urbano. Pues bien: ningún colombiano volvió a hacer uso del tranvía y los carros corrieron solos por las calles capitalinas, hasta que la compañía, semi-arruinada, tuvo que ofrecer en venta sus líneas a la municipalidad, quien la adquirió en condiciones favorables.

He tocado, a mi parecer, el punto capital de la cuestión. Sin que el remedio pueda considerarse como una panacea, a Centro América no le resta más arma contra su enemigo internacional que el sistema abstencionista, la *resistencia pasiva* que predicó a los hindúes Mahatma Gandhi, el grande hombre interpretado por Romain Rolland. Uno de los aspectos de ese abstencionismo es el *boycott* comercial. Ese *boycott* no podría ser oficial, demasiado lo sabemos, pero podría ser popular y espontáneo. No comprar nada al yanqui; no tratar ni contratar con el yanqui; excluir inexorablemente al yanqui y a sus productos de nuestro hogar y de nuestro mercado. Un *boycott* así, aun cuando fuera practicado por una sola nación o por unas cuantas ciudades centroamericanas, pesaría infinitamente más en la política de la Casa Blanca que todas las protestas de las cancillerías y todas las manifestaciones públicas con banderas, gritos y discursos.

Si esta acción popular fuese apoyada por la acción conjunta de los gobiernos, podría esperarse un resultado decisivo, aunque no debemos hacernos ilusiones con respeto al poderío yanqui, el cual considera a nuestras desorganizadas republiquetas como su *presa natural*. El pueblo norteamericano piensa de buena fe que la civilización le impone el deber de ejercer un franco tutelaje sobre las bárbaras democracias del Istmo, incapaces de gobernarse por sí solas. Y es que, como dice Chocano con acierto, en el mundo no hay sino gobiernos de farsa o de fuerza... por lo menos en el mundo americano. Pero no hay que darle a la fuerza un sentido de violencia sino de organización.

Lo demás... es un triste fracaso. Está probado ya que la anficiónía de naciones iberoamericanas, soñada por el inmenso Bolívar, no se realizará nunca. Hace falta otro Bolívar y la edad de los genios polí-

ticos parece haber pasado para Hispanoamérica. Aparte del A B C, no se encuentran intereses bastante fuertes para constituir las proyectadas alianzas entre los pueblos del habla española. Centro América está prácticamente sola, si excluimos la simpatía de México y la puramente protocolar de sus hermanas de raza.

Nosotros no hemos querido entender bien que las naciones se defienden hoy económicamente. El ejemplo de Alemania, después de la gran guerra, es concluyente. Alemania, a golpe financiero, ha conseguido no sólo la consideración sino la ayuda de sus enemigos de ayer. La interdependencia económica es tal en el mundo moderno que la ruina de una nación suele acarrear la de todas. Oh Crispín benaventino: ¡qué razón tuviste al confiar tu salvación y la de tu Príncipe a los omnipotentes intereses creados!

Cierto es que nosotros pesamos poco en la balanza económica. Los Estados Unidos lo tienen todo; a Centro América casi no le resta ya nada. Sin embargo, poseemos algo que todo el poderío yanqui no puede arrebatarnos: nuestra condición de compradores, es decir, nuestros mercados de consumo y nuestro trabajo productor. Somos algunos millones de hombres que crean y consumen riqueza; y en tal sentido, a los Estados Unidos le conviene que desenvolvamos nuestra capacidad independiente.

Pero no haremos nada de esto, queridos amigos, porque no queremos hacerlo. Cuando se habla de la defensa contra el imperialismo yanqui, los sanchos se ríen de semejante candidez; los quijotes—raza poco menos que extinguida—creen cumplir con su más alto deber patriótico *protestando*, con lo cual sólo se logra sumar al atropello de nuestras libertades y al despojo de nuestros bienes, el desaire de la queja desoída; peor aún: burlada.

Ustedes me dirán que si no se puede hacer más, al menos hagamos eso: *protestar*, echar a la cara del filibustero su cobardía y su sordidez de mercachifle millonario, pero siempre mercachifle. Estoy de acuerdo. Pero no nos hagamos ilusiones acerca del resultado de esta lucha del caballero andante contra la turbamulta de yangüeses.

De ustedes affo.

CARLOS WYLD OSPINA

(La Idea.
Quezaltenango, R. de G.)

La uniformidad de propósitos

El hermoso artículo de nuestro genial Wyld Ospina, que aparece en la sección editorial del lunes en *El Imparcial*, vino a sorprendernos en instantes de preocupación febril y a reforzar sin quererlo uno de los puntos incidentales que tratamos recientemente con motivo de nuestra exposición del partidarismo centroamericano. Referíase Wyld a ese vano prurito de concretar en fórmulas fantásticas de unidad externa las múltiples y dispersas corrientes de ideas que agitan al continente

de uno a otro límite; se ha intentado ya, efectivamente, crear un pensamiento hispanoamericano (?), un nuevo ideario del idioma a base de germanías locales y modificaciones del vocablo, y hasta una entidad racial, una especie de portento que habría de deslindar los campos de la futura civilización americana con independencia absoluta de los métodos sociológicos y espirituales engendrados por Europa en este que llamamos nuevo mundo. Todas esas simulaciones de la ciencia política tienen su origen en la ausencia, de un real y constante intercambio de ideas, ya señaladas por Wyld, pues merced a la ignorancia de los problemas y aspiraciones locales de las naciones hispanoamericanas entre sí, pueden nacer y fructificar todos esos prejuicios y explotaciones que toman arranque de los banquetes internacionales y de los congresos políticos. Lo importante de la tesis de Wyld en relación con nuestras exposiciones está precisamente en el desconcierto que produce en toda civilización, tomada parcial o unitariamente, esta carencia de la uniformidad de propósitos en la acción social.

Dos causas determinantes hay, a nuestro juicio, para que aún entre las élites de pensamiento se produzca ese desconcierto: de un lado, el oceánico desarrollo de las ciencias, cada vez más sucintamente distribuidas, y de otro, el funcionamiento actual de las democracias. Mientras la ciencia crea divisiones intelectuales acentuadas y especializa a los individuos, la democracia tiende a confundirlos en una sola expresión de vida comunal. Es tan vasto y complicado el mundo de hoy, a tantas exigencias y pruritos se presta su proteísmo ideológico, que hay campo para todo: hasta para lo disolvente y lo vacuo. Así, no es extraño ver a grandes representantes del pensamiento, a intelectuales de la casta de Lugones, de Araquistain, de Palacios, de Vasconcelos y tantos otros, sostener las más encontradas opiniones respecto de los fines de la sociedad americana en general; quienes propenden por convicciones científicas a una revisión general de la historia para extraer de ella derroteros nuevos y teorías energéticas, caen, como Lugones, en el imperialismo aristocrático y aún en la división de castas hoy abolida; quienes, por el contrario, recogen el apostolismo democrático y optan por la uniformidad de fines aún respetando los distingos intelectuales del medio, como Vasconcelos, invocan el advenimiento de una sociedad que tiene su lazo en la unidad rigurosa de acción colectiva. No es fácil determinar a qué grupo corresponde el destino; pero basta afirmar que hoy pasamos por una crisis social y que el desequilibrio no puede prolongarse mucho tiempo. La democracia, más que un fin, parece un medio, un camino, un puente entre dos soluciones futuras.

Es curioso que los antiguos tuviesen ya una especie de sagrado terror por los poderes de la inteligencia; tanto, que Plinio mismo hablaba de los *dominios sacrílegos* de la

mente humana cuando miró en cierta ocasión abrir el túnel de una mina. La substancia de la inteligencia es distribución, distinción; según ella, tanto en las cosas como en los hombres hay cualidades especiales que requieren pronta y eficaz expresión para existir realmente; y es la inteligencia la que, en su paso hacia el verdadero conocimiento, determina momentáneamente ese desconcierto de elección y selección. En este momento estamos, y la disyuntiva es cada día más prominente. El intelectual puro, el investigador—no el hombre de arte, que es más bien emotivo—propende naturalmente al establecimiento de divisiones, ya en los géneros del conocimiento, ya en las clases sociales; si estuviese solo, si no existiese el otro grupo que escoge como materia de especulación moral la vida de la voluntad, la parálisis llenaría la tierra.

Pero ese otro grupo existe. Es la escuela de los hombres de la voluntad, cuya esencia es el unitarismo. Ha tomado su impulso desde que Schopenhauer propuso el mundo como fenómeno de la voluntad; pero no ha sido sino hasta Bergson y William James que se ha pormenorizado su programa so-

cial. Estos dos pensadores han fundado las bases del *anti-intelectualismo*, que transforma el problema de la vida, de intelectual que era, en emotivo y unitarista, dejando espacio suficiente para que el entendimiento cultive sus relaciones y diferencias pero procurando que las masas reunan en una sola expresión, en un solo haz, el concepto general de la evolución. Desgraciadamente, unos y otros, según nuestro parecer, se colocan en los términos extremos y así no hay conciliación posible.

O el estado social obedece a distingos intelectuales y se mantiene la diferencia substancial entre las clases, o el estado deviene la representación de *un todo* que niega los privilegios y hace participar al agregado común de los beneficios de sus hombres superiores. ¿Es esto posible?

De todas maneras, es muy difícil prometer una solución; sin embargo, es vieja la experiencia del mundo. La inteligencia se ha elevado hasta el genio sin ser por eso más equitativa su moral que en el tipo primitivo. El hombre sigue conservando su egoísmo, perfeccionado por los poderes del conocimiento y entregando a las iniciativas

de la fuerza, no del derecho, las victorias de su sabiduría. En esta evidencia descansa la protesta de los propugnadores del anti-intelectualismo en materia social, y de ahí parte esa reacción ultrademocrática que desea la implantación de un sistema unitario representativo.

Nosotros hemos manifestado nuestras opiniones al respecto. No puede negarse un ensayo de mejores distribuciones sociales basadas en la uniformidad de propósitos de las colectividades. La voluntad del hombre puede ser unificada en lo relativo a sus funciones comunales y conservar su independencia respecto de los móviles internos que la animan en su perfeccionamiento individual. Es la fórmula antigua: *todos en uno, uno en todos*.

Este es, universalmente considerado, el dilema presente, que ha de resolverse, querámoslo o no, pues más parece una corriente que nos envuelve que una teoría puramente humana.

RAFAEL CARDONA

(*El Imparcial*, Guatemala).

INDICE

DEL TOMO XIV

AUTORES Y ASUNTOS

Acosta, Agustín.—Dos cantos de *La Zafra*, p. 28.—Orilla, p. 297.
 Actividades yanquis en el Caribe, 1898-1927, p. 192.
 Acuña, José B.—Shanti, p. 46.—Había una vez..., p. 147.
 Alomar, Gabriel.—La estela de Nakens, p. 36.
 Andreiev, Leonidas.—El Gigante, p. 208.
 Andrenio.—El premio a Bernard Shaw, p. 34.—Los nuevos Fúcares, p. 229.
 Apra, p. 109.
 Araquistain, Luis.—El fomento de la cultura, p. 16.—La colonización económica, p. 162.—La eliminación de españoles, p. 187.—Sobre las dictaduras, p. 269.—Martí, p. 328.
 Arguedas, Alcides.—Armando Chirveches, p. 51.
 Argüello, Santiago.—Cartas, p. 15.—México ante los Estados Unidos, en la cuestión de Nicaragua, p. 15.—Tres personas distintas y una sola ignominia verdadera, p. 31.—Lo que flota, p. 166.—De hechicería, p. 245.
 Arias, Augusto.—Cordura, p. 75.
 Arma eficaz para nuestra defensa, p. 214.
 Arrieta, Rafael Alberto.—Elogio de los *Elogios* de Maragall, p. 25.
 Asturias, M. A.—La lucha, pues, continúa, p. 195.
 Avelino, Andrés.—Mensaje a los jóvenes yanquis, p. 115.
 Avilés, J. R.—Estados Unidos, Estados... Desunidos, p. 261.
 Aves procelarias, p. 39.
 Azorín.—Un misionero, p. 232.
 Bello, Luis.—Ocaso de la Plutocracia, p. 226.
 Berta Singerman en Costa Rica, p. 120.
 Bianchi, Alfredo A.—Carta, p. 36.

Bibliografía titular, pp. 27, 37, 60, 78, 108, 125, 133, 149, 167, 240, 319, 330.
 Blanca Milanés.—Ensueño, p. 98.
 Blanco-Fombona R.—Una fábula de Lafontaine, p. 193.—La mitra en la mano, p. 367.
 Brenes Mesén, R.—Respuestas impersonales, p. 118.—*El Repertorio Americano*, p. 93.—Alberto Guillén, p. 136.
 Brunet, Marta.—Juancho, p. 7.
 Calvo, Esther N. de.—Carta, p. 35.—Hay que crear un mundo nuevo, p. 35.
 Calzada, Jorge.—Leyendo a Montalvo, p. 183.
 Capdevila, Arturo.—Fragmentos memorables, p. 177.—El testimonio de Rivadavia y a Henry George, p. 205.
 Cardona, Rafael.—Salvador Díaz Miron, p. 24.—Orientaciones del pensamiento argentino, p. 321.—La uniformidad de propósitos, p. 381.
 Carrera Andrade, Jorge.—Página lírica, p. 64.
 Castán, J.—Un libro costarricense juzgado en España, p. 330.
 Castañeda Aragón, G.—Lavandería china, p. 110.—Página lírica, p. 147.
 Castelblanco, Agustín.—Los escritores chilenos y la dictadura militar, p. 320.
 Castellero, R. E. J.—Resurrección y muerte, p. 213.
 Castrovido, Roberto.—El poeta Antonio Machado, p. 350.
 Clara Diana.—Sombras en la sombra, p. 70.—María de Bethania, amiga de Jesús, p. 334.
 Corrección, p. 14.
 Correspondencia, p. 247.

Coto, Rubén.—Para los gorriones, p. 342.
Cuesta Jorge.—Carta al Sr. Guillermo de Torre, p. 268.
Chirveches, Armando.—Alcides Arguedas, p. 53.
Chocano, J. S.—Réplica a Jiménez de Asúa, p. 92.—Última palabra, p. 363.

Dantas, Julio.—Cuatro sonetos p. 75.
Darío, Rubén.—A Roosevelt, p. 129.
Declaración de la Federación de Estudiantes de Sucre, p. 181.
Dengo, Omar.—Un Maestro de juventudes p. 294.
Díaz Mirón, Salvador.—Los Peregrinos, p. 166.
Díaz Rodríguez, Ml.—Homenaje a García Sanchiz, p. 377.
Díez Canedo, Enrique.—Antonio Machado, poeta japonés, p. 351.
Doussinagué, J. M.—La Doctrina Suárez y su posible influencia en el porvenir de América, p. 273.

Edwards Bello, J.—Dos novelas de las pampas, p. 119.—*Gentlemen prefer blondes*, p. 158.
El buen ejemplo, pp. 27 y 44.
El Centro de Estudiantes Ariel frente al imperialismo yanqui, p. 197.
El Congreso de Costa Rica da un paso adelante, p. 180.
El último decadente, p. 376.
Elmore, T.—No podemos callar ante tanta infamia, p. 219.
¿En qué quedamos? p. 143.
Espinoza, Enrique.—Cómo viven y trabajan nuestros escritores: Horacio Quiroga, p. 81.—La mala fe del Bachiller Rojas, etc., p. 230.—Un homenaje francés al gran poeta alemán Rainer Maria Rilke, p. 248.
Estrada, Rafael.—Enrique González Rojo, p. 10.—Página lírica, p. 317.—Max al fin ha publicado un libro, p. 334.

Fabila, Alfonso.—Los brazos en cruz, p. 200.
Facio Justo A.—Una Escuela de Agricultura, pp. 107, y 123.
Falcón, César.—Bernard Shaw, premio Nóbel, p. 33.
Ferrara, Mayorino.—Don Francisco Soto y Calvo, p. 40.
Fiallo, Fabio.—Página lírica, p. 198.

Gámez, Julia Palau de.—La mujer, Apóstol de la Paz y la Justicia, p. 173.
García Calderón, Francisco.—Walter Rathenau y el reino del alma, p. 8.
García Monge.—Fragmentos, p. 55.—Renglones preliminares, p. 212.
García Sanchiz en Costa Rica, p. 359.
Gay Calbó, E.—Carta, p. 203.
Gerchunoff, A.—Las dos Españas, p. 312.
Giol, Otilia André de.—Carta, p. 284.
Gómez Restrepo, Antonio.—Don Julio Cejador, p. 244.
González Rojo, Enrique.—Página lírica, p. 10.
Gracias, colega, p. 179.
Greiff, León de.—Página lírica, p. 215.
Grillo, Max.—Gregorio Vásquez y Ceballos, p. 168.—Carta, p. 175.
Gris.—Naturaleza..., p. 39.—In angello cum libello, p. 286.
Guillén, Alberto.—Página lírica, p. 134.—Don Salvador Díaz Mirón, p. 26.
Guzmán, M. L.—*Tirano Banderas*, p. 196.—*Zogoibi*, p. 360.

Habla un estadista previsor y preocupado, p. 12.
Haya de la Torre.—Poniendo los puntos sobre las íes, p. 42.—¿Qué es la Apra?, p. 131.—Declaraciones, p. 344.
Hechos y palabras en la América latina, p. 290.
Henríquez Ureña, Max.—Trofeos de conquistador, p. 280.—Carta, p. 284.
Homenaje a Berta Singerman, p. 184.
Homenaje a Edmundo Velásquez, p. 227.
Homenaje a Horacio Quiroga, p. 88.
Homenaje a Juan Parra del Riego, p. 264.
Homenaje a Paco Rodríguez Ruiz, p. 121.
Homenaje a Vitalia Madrigal, p. 292.

Informe presentado por la Sociedad de Amigos del País, pp. 12 y 21.
Ivanovitch Dmitri.—Por Nicaragua y por nosotros, p. 243.—Los yanquis que necesitamos, p. 327.
Ibsen, E.—Carta a Brandes, p. 315.

Jiménez, Max.—Aristocracia del arte, p. 9.—Del dolor, p. 20.—El hombre malo, Por compensación, p. 40.—Ingratitud, Chiquilla!!, p. 57.—Hojas nuevas, Tristeza, Suave tarde, p. 306.

Jiménez, Ml. Jesús.—El camino al Norte, p. 54.
Jiménez Rojas, Elías.—La fuerza de la justicia, p. 70.
Julio, Sylvio.—Um romance de vida bohemia, p. 148.

Koo, T. Z.—El movimiento nacionalista chino, p. 337.

La arrogancia yanqui, p. 336.

LA EDAD DE ORO.—El gigante invisible (Anónimo), p. 29.—Muerte de Sócrates (Platón), p. 29.—El Caballero de Emmaús (G. Valencia), p. 30.—Pensamiento de niño (R. Tovar), p. 47.—La invención de la tierra cocida (J. Pijoán) p. 47.—La invención de la hoz (J. Pijoán) p. 48.—Historia de los duendes que arrebataron a un sepulturero (Dickens), p. 61.—Juan Manso (Unamuno), p. 79.—La vida del gorila en libertad (J. Pijoán), p. 80.—La guerra de los yacarés (H. Quiroga), p. 94.—El loro barranquero (L. L. Franco), p. 111.—El alicucu (L. L. Franco), p. 111.—Trípico del día de Reyes (E. d'Ors), p. 112.—La doncella heroica (R. Fernández Guardia), p. 126.—La muerte de Milord (F. Proaño), p. 238.—Como el alpaca solitaria (Hostos), p. 239.—Scott (H. Quiroga), p. 239.—El Rey avaricia (M. Brunet), p. 254.—Los nidos (J. A. Uribe), p. 271.—La fiesta del trigo (L. L. Franco), p. 271.—Nombres del maíz (M. F. Suárez), p. 287.—Las lágrimas de Väinämöinen (Unamuno), p. 288.—Pasteur (H. Quiroga), p. 304.—El reparto de la dádiva, p. 318.—Elogio de la lengua materna (Magón), p. 319.—Procesión del Santísimo (A. Masferrer), p. 335.—Fulton, (H. Quiroga), p. 335.—Recuerdo infantil, Parábolas (A. Machado), p. 352.—La arañita en su lentisco (Azorín) p. 352.

La estimación extranjera, p. 23.

La reacción salvadora de la ciudadanía, p. 179.

La Unión Latino-Americana y el Imperialismo Norteamericano, p. 165.

La Universidad Popular contra la venta de tierras nacionales, p. 160.

La voz de los costarricenses vigilantes, p. 83.

Las ventajas de una firme actitud, p. 180.

Laguado Jaime, F.—La diestra de Martí, p. 328.

Leumann, C. A. Las mujeres que Jesús miró, p. 221.

Lisazo, Félix.—Apreciación (Juan Marinello), p. 297.

Loera y Chaves, Agustín.—La poesía contemporánea mexicana, pp. 84 y 99.

London, Jack.—Koolau el leproso, p. 154.

López, Rafael.—Gacela, p. 80.

López de Mesa, Luis.—La misión del estadista en la América Latina, p. 3.

Los menesteres de civilizar pp. 390 y 366.

Lugones, Leopoldo.—Lugones contesta a Araquistain, p. 37.—El seráfico, p. 185.

Lyra, Carmen.—Don Agustín Nieto Caballero, hombre de negocios espirituales, p. 302.

Llaverías, Federico.—Los extranjeros lo que quieren es la tierra, p. 19.

Machado, Antonio.—Página lírica, p. 343.

Machado, en Cuba, pretende reelegirse, p. 277.

Maduro, Eduardo.—Se trata de Panamá, p. 91.

Maeztu, Ramiro de.—Amos, no; socios, sí, p. 161.

María Enriqueta.—Lección, p. 55.—Leal, p. 285.

Marinello, Juan.—Página lírica, p. 297.

Martín, Ernesto.—Una carta al hermano del Presidente Calles, p. 71.

- Martínez Sierra, G.—Carta, p. 152.
- Masferrer, Alberto.—En la hora del crujir de dientes, pp. 130 y 289.—Wall Street, p. 225.
- Mendieta, Salvador.—Respuesta al cuestionario del Sr. Vincenzi, pp. 307, 324 y 347.
- Minnigerode, L. F.—Nacionalismo e imperialismo, p. 72.
- Mistral, Gabriela.—El viejo lugar común, p. 45.—A Berta Singerman, p. 105.—Un maestro americano del cuento, p. 137.—Una exposición de la infancia, p. 204.—*Reloj de Sol*, p. 265.—Hispano-americanos en París. José Vasconcelos, p. 345.—Un poeta nuevo de América: Carlos Pellicer Camara, p. 373.
- Montenegro, Ernesto.—La alternativa en el antagonismo yanqui ibero-americano, p. 141.
- Moon, P. Th.—El grito del imperialismo resuena en los Estados Unidos, p. 257.
- Nelson, Oscar.—Ananké, p. 166.
- Nieto Caballero, Agustín.—Párrafos encendidos, pp. 236, 251 y 356.
- Nieto Caballero, L. E.—Buen comienzo el del General Chacón, p. 149.—Discurso, p. 164.—Homenaje al señor Suárez, p. 281.
- Noel, Eugenio.—Luis van Beethoven, p. 361.
- No puede ser, p. 122.
- D'Ors, Eugenio.—Las privaciones, p. 303.—Glosas, p. 171.
- Owen, Gilberto.—La poesía, Villaurrutia, y la crítica, p. 41.
- Padilla, Julio.—Con Mr. Williams, p. 175.
- Palacios, Alfredo.—Carta a la juventud universitaria y obrera de los Estados Unidos, p. 209.
- Parra del Riego, Juan.—Página lírica, p. 262.
- Parra, Teresa de la.—A don Miguel de Unamuno, p. 68.
- Pellicer, Carlos.—Página lírica, p. 274.
- Pereyra, Carlos.—Carta a Emilio Rodríguez Mendoza, p. 188.
- Pizano, Roberto.—Carta, p. 175.
- Pocaterra, J. R.—Un poema de Kipling, p. 163.—La imitación de las tiranías, p. 260.—El caso de Nicaragua y el deber de la América Latina, p. 311.
- Préndez Saldías, Carlos.—Página lírica, p. 199.
- Price, Clair.—Con Jorge Brandes, p. 17.
- ¿Qué es España?, p. 104.
- Quental, Anthero de.—Página lírica, p. 332.
- Quijano Mantilla, J.—Así cayeron Nicaragua, Santo Domingo y Haití, p. 234.—El infierno de Nicaragua, p. 246.
- Renán, Noemi.—Carta, p. 291.
- Renard, Julio.—Del *Dario inédito*, p. 110.
- Resolución de la Junta Nacional del Partido Nacionalista de Puerto Rico, p. 167.
- Rodríguez Mendoza E.—Acerca de un Compendio de Historia de Chile, p. 188.
- Rostand, Aura.—El canto de mi amor, p. 166.
- Roy, Manuel.—La actitud ejemplar de Panamá, p. 83.
- Sabat Pebet, Juan Carlos.—Mapa literario de España, p. 57.
- Sáenz, Carlos Luis.—A Berta Singerman, p. 181.—Página lírica, p. 318.
- Sáenz Cordero, Ml.—Agustín Nieto Caballero en Costa Rica, p. 295.
- Salazar, M. T. Nieve, p. 199.
- Sancho, Mario.—Carta, p. 74.—¿Por qué no reconocer a nuestros amigos?, p. 76.
- Sanín Cano, B.—Un concepto sobre la moneda y el crédito, p. 144.—En torno a Brandes, p. 217.—Embajadas de arte, p. 305.
- Santa Cruz, Mario.—La civilización norteamericana, p. 326.
- Segura, Manuel.—Página lírica, p. 245.
- Señas de escritores, pp. 20, 39, 116 y 133.
- Selva, Salomón de la.—Al pueblo de Nicaragua, p. 65.—Un contrato, por aplastante, inadmisible, p. 353.
- Silva Castro, Raúl.—Una hora con la señora Amanda Labarca, p. 309.
- Soriano, Rodrigo.—El repliegue, p. 249.
- Sotela, R.—Hoy 15 de mayo, p. 318.—La hora, p. 356.
- Suarée, Octavio de la.—Mme. Therdieu, p. 279.
- Terán, Angel M.^a.—Una educadora panameña, p. 172.
- Torres, Elena.—Organización de comunidades tomando como base la escuela, pp. 58, 139 y 340.
- Torres Bodet, Jaime.—Paul Morand p. 145.
- Torres Rioseco, A.—Página lírica, p. 117.—Bien puede ser, p. 136.—Explicando ciertos conceptos a Haya de la Torre, p. 159.—¡Viva Chile!, p. 286.—Declaraciones, p. 331.
- Tovar, Rómulo.—Jesús, un mito, p. 32.—Un hombre civil, p. 114.—El régimen militar de Chile, p. 316.—El aviador Lindbergh, p. 372.
- Ugarte, Manuel.—Mr. Moorsee ante el mapa de la América Central, p. 113.—Mensaje a Apra, p. 235.—Manifiesto a la Juventud Latino-Americana, p. 241.
- Un Decreto memorable, p. 371.
- Un grupo selecto y vigilante de intelectuales cubanos protesta contra la intervención yanqui en Nicaragua, p. 160.
- Una intolerable tutela, p. 272.
- Ulloa, Alberto.—Dos cartas, p. 77.
- Unamuno, Miguel de.—Carta, p. 312.—Ibsen y Kierkegaard, p. 313.
- Una hora con Agustín Nieto Caballero, p. 233.
- Ureta, Alberto.—La quiebra de la civilización occidental, p. 49.
- Valencia, Miguel Santiago.—La civilización contemporánea, p. 4.
- Valle, R. H.—Sobre un cuestionario, p. 263.
- Varona, Enrique José.—La poesía moderna en Cuba, p. 44.—Anthero de Quental en castellano, p. 329.
- Vasconcelos, José.—Saber sonreír, p. 182.—Pensando en Madero y Elmore, p. 364.
- Velásquez, Edmundo.—Página lírica, p. 228.
- Velásquez, Edmundo, L. E. y Zúñiga Pallais, Ml.—Los menesteres de civilizar, p. 367.
- Vidales, Luis.—Página lírica, p. 190.—El número, p. 359.
- Viera Altamirano, N.—Tres artículos doctrinarios, p. 369.
- Villaurrutia, Xavier.—Página lírica, p. 38.—Paul Morand, p. 146.
- Vincenzi, Moisés.—La nota de Berta Singerman p. 201.—*Ensayos*, p. 226.
- Washington, Jorge.—Por nuestro país, p. 195.
- Wyld Ospina, C.—Dos artículos, p. 379.
- Yglesias, Rubén.—La teoría y la práctica, p. 138.
- Zalamea, Jorge.—Los pecados de América, p. 5.—La simulación política, p. 6.—Eugenio d'Ors en América, p. 97.—Respuesta al Cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi, p. 150.
- Zaldumbide, G.—Carta, p. 74.
- Zamora Elizondo, Hernán.—No nos descastemos, p. 20.
- Zulueta, Luis de.—Pestalozzi, p. 216.—El centenario de Pestalozzi, p. 296.—Pestalozzi y Beethoven, p. 299.